

*Arnulfo R. Gómez*

Esta es una copia del libro *“La tragedia de Cuernavaca en 1927 y mi escapatoria célebre”*, publicado en 1939 por el Lic. Francisco J. Santamaría, única persona que, en uno de los más vergonzosos episodios de la Revolución Mexicana, milagrosamente se salvó de ser asesinado en Huitzilac, Morelos, la noche del 3 de octubre de 1927.

Este texto describe el desenlace de los sucesos políticos en torno de la campaña de presidencial de 1928, proceso que desde un año antes descarriló la ambición y el afán reeleccionista de Alvaro Obregón traicionando los ideales de la Revolución. El autor enfatiza el cobarde asesinato del Gral. Francisco R. Serrano y seguidores, entonces candidato de algunos militares y uno de los férreos opositores a la reelección Obregonista.

Numerosos intelectuales mexicanos respaldaban la candidatura del General Arnulfo R. Gómez, entre ellos, el licenciado Francisco J. Santamaría, que es autor del único Diccionario de Mexicanismos y que fue cercano promotor del General Arnulfo R. Gómez -mi abuelo- candidato del Partido Nacional Antirreleccionista a la Presidencia de la República, quien describe en ese libro los últimos eventos de su jornada política, estrictamente electoral, misma que le tocó atestiguar y, por la simpatía que iba cosechando, mi abuelo fue perseguido y orillado a defender su vida en una batalla totalmente desigual, hasta el día en que fue traicionado y sujeto a un irregular e injusto Consejo de Guerra que, bajo consigna y sin su presencia, determinó fusilarlo el 5 de noviembre de 1927 en la ciudad de Coatepec, Veracruz. Esto, no obstante que el General Gómez nunca estuvo involucrado en la asonada que habían preparado otros militares en el Valle de México, como el libro lo relata puntualmente.

En este libro, con lujo de detalle, se describe cómo la ambición de Álvaro Obregón, reputado como un hombre corrupto y terrible asesino, sirviéndose de colaboradores como Joaquín Amaro, el entonces Secretario de Guerra y Marina -de quien se dice que era analfabeta en el más amplio sentido de la palabra- así como de otros ambiciosos individuos, como los generales José Gonzalo Escobar y Héctor Ignacio Almada, siniestramente impuso su voluntad a Plutarco Elías Calles, entonces Presidente de la República al que tenía totalmente atemorizado y bajo su control para asesinar a mi abuelo, el General Arnulfo R. Gómez, y para desvirtuar en su favor los principios de la Revolución Mexicana.

El libro está dedicado a la Sra. Soledad Gómez viuda de Vizcarra, hermana de mi abuelo y madre del Coronel Francisco G. Vizcarra, quien también fue asesinado ese 5 de Noviembre de 1927.

El texto de la dedicatoria dice: *Para la Sra. Doña Soledad G.V. de Vizcarra por el recuerdo del noble amigo, valientemente muerto como todo un hombre, en medio de tanta infamia, su glorioso hijo Francisco G. Vizcarra. Mexico, a 21 de Marzo de 1946.*

Arnulfo R. Gómez García

**FRANCISCO J. SANTAMARIA**

---

**LA TRAGEDIA DE CUERNAVACA  
EN 1927  
Y MI ESCAPATORIA CELEBRE**



**MEJICO  
1 9 3 9**



LA TRAGEDIA DE CUERNAVACA EN 1927  
Y MI ESCAPATORIA CELEBRE



LA TRAGEDIA DE CUERNAVACA EN 1927  
Y MI ESCAPATORIA CELEBRE



## CAPITULO I

### LA ESCAPATORIA CELEBRE

#### Consideraciones generales en torno del suceso

En caliente todavía, pero fuera de la patria; al calor y al abrigo de tierra extraña, frescas las sensaciones que en una larga cinta trágica, como una visión macabra, acababan de pasar por mi espíritu, me puse a escribir impresiones y sensaciones, impresiones y sensaciones que llegaron a formar un libro.

Ese libro se compuso de dos partes: la una, puramente narrativa, novelesca, llena de pasajes festivos y jocosos, la de mi escapatoria de la fusilata. Parece que en el fondo de toda tragedia palpita siempre un principio de comedia o de ópera bufa. Lo trágico y lo ridículo, si no andan de bracete, están muy avecindados uno respecto del otro, generalmente. La otra parte, puramen-



te histórica: la revelación interesante de uno de los capítulos más oscuros de la historia política nacional en los últimos tres lustros.

En la primera parte hago la narración puntual de cómo escapé en la degollina bestial, absurda e inexplicable de Huitzilac, el 3 de octubre de 1927; cómo y por qué fui a dar a Cuernavaca; cómo y por qué fui aprehendido juntamente con el General Serrano y a su lado, sin ser yo serranista ni haberlo sido nunca. Cómo pude escapar de la cuerda en que, presos, éramos conducidos por los guardias gobiernistas del Ejército Nacional, en las calles de Cuernavaca. Qué pasó en Cuernavaca en las últimas veinticuatro horas, antes de ser aprehendidos el Sr. Gral. Serrano, los que con él murieron y yo mismo. El General Domínguez no traicionó a Serrano. En dónde precisamente fuimos aprehendidos, el señor Gral. Serrano, sus partidarios que le acompañaban y cuatro gomiztas que, por una contingencia extraña, fuimos también a caer presos con él. Últimas impresiones que recibí del Gral. Carlos A. Vidal y que traducían el sentir y el estado de ánimo del Gral. Serrano. El desengaño y la desilusión de este noble hombre frente a la realidad de una vil engañifa, por medio

de la cual fue “echado al monte” y llevado al patíbulo. Vidal, Presidente Provisional de la República. A las once de la noche del día dos de octubre, el convencimiento de los serranistas de que estaban perdidos. Dominados por la fatalidad al día siguiente. Aprehendidos en una habitación, como en una ratonera, sin meter las manos. La bárbara y absurda matanza.

Todo esto desfila en la primera parte de mi libro “La tragedia de Cuernavaca en 1927”, primera parte que aquí reproduciré en varios capítulos, quizá diez, quizá más de diez. He querido callar por siempre acerca de este negro y largo capítulo de la vida nacional, en el que me tocó por ventura figurar como el más insignificante, sin duda —como dijo muy bien, injuriándome, un glorioso militar que no acompañó a su jefe a la hora del peligro—; y he querido callar por esto mismo, porque cada uno de los que viven se considera con derecho, y con mucha razón, para decir y exigir que se les crea, que los hechos no pudieron ser sino como ellos los imaginan o los suponen. Que para esto de ordenar las cosas a nuestro sabor, somos que ni pintados los mejicanos, y el

que no piensa como nosotros es un vil, y aun debe morir por no pensar como nosotros.

Pero por insistencia del semanario "HOY", que ha querido considerar de alguna importancia lo que, si alguna tiene, la tendrá solamente para mí; resuelto nuevamente a soportar sin discusión nuevos desahogos, me atrevo a hablar de estas cosas y a tratar de esta película novelesca, episódica, de mi escapatoria, que la casualidad solamente me dio oportunidad de consumir y que aun a mí mismo se me hace casi increíble todavía. Casi increíble, porque no fue obra de estrategia mía; ni resultado de plan alguno, preparado y premeditado con previsión laudable; ni efecto de doble visión. Menos fue, tampoco, por efecto de alguna protección ni de que alguien me ayudara a escapar. Solamente me ayudaron en este caso mis canillas. Mil versiones han corrido acerca de esta fuga, hasta en libros impresos, y más de un protector apócrifo han salido al camino de la publicidad, diciendo haberme ayudado en esta o la otra forma. A su tiempo y en el lugar correspondiente de esta narración, hablaremos largamente de todo esto.

¡Fue muy listo! ¡La Providencia! Es lo que todo el mundo dice de quien, como yo

en este caso, escapa de una muerte segura, por obra de la casualidad, porque no se me había llegado la hora, porque no me tocaba, porque no hay que temer al rayo, sino a la raya, o por cada una de estas razones sentenciosas o supersticiosas que en la boca del vulgo son como los evangelios chiquitos, o como las maldiciones que echan sal, para explicar lo inexplicable, el sino, la fatalidad, ese oscuro designio que rige los actos de nuestra vida más perfectamente misteriosos y enigmáticos.

Y de que me moría yo, estaba tan seguro como estoy de que se murieron los demás, todos los que conmigo acompañaban a esa hora al infortunado General Serrano, por más que los ojos de Argos de la Justicia —venerada siempre y siempre ciega— después de sesuda y grave investigación, haya concluído diciendo, por boca de un severo sacerdote y guardián de la vindicta social en Méjico, que nadie resultaba responsable de la muerte del Señor Gral. Serrano y sus trece compañeros, ni se sabía, por lo mismo y a ciencia cierta, cómo habían muerto ni quiénes los habían matado. De donde resulta, más claramente todavía, que “se murieron solitos”... ¡Plaudite cives!

Yo no soy muy valiente que se diga, ni creo que más o menos cobarde que cualquier vecino; pero, francamente, la muerte no me empavorecía a mí mucho, a pesar de que, ya en Cuernavaca, tuve el convencimiento pleno de que nos moríamos todos, irremediablemente. Lo que a mí me sacaba de quicio el cerebro era ser traído a Méjico; sobre todo cuando había yo oído decir que, por mi discurso en Chihuahua, en la "gira" con el General Gómez, estaba yo condenado a que se me extrajera la lengua y me hicieran otras travesuras extorsionadoras, torcedoras y estranguladoras en la Inspección de Policía, que a la sazón gozaba merecida fama de una Checa Rusa, con primores y delicias de ergástula. Días más tarde de los acontecimientos sombríos de Huitzilac, la honrosa fusilata a espaldas de la Ley, y precisamente en las propias narices de la Honorable Suprema Corte de Justicia de la Nación; el sonado cautiverio con lujo y esplendor de tormentos piadosísimos a que fue sometido el místico matador del señor Gral. Obregón; el histórico latigazo que cruzó con mano heroica la cara de una mujer —dama fue, pero pudo haber sido meretriz, y el acto era igualmente heroico—; todo esto y muchas

otras cosillas de menor cuantía que doña Concepción de la Llata (o de no sé qué), debe saberse de memoria, acreditaban la fama de la Inspección de Policía, —y creo que era razón de más para acreditar también el santo horror mío a ser traído a ese antro y sometido a Poncios y a Pilatos que ni las manos se lavaban.

Pero la más regocijada para mí de las versiones acerca de mi famosa escapatoria; mejor dicho, la que más gracia me hace es la de que la única razón y causa por la cual pude escapar, fue la de mi cobardía, y que los demás no escaparon, porque fueron muy hombres. No necesitan estos mártires, cuyo martirio es más monstruoso que el de las víctimas de Márquez en Tacubaya; no necesitan ellos, consagrados con el óleo de su propia indefensión, de haber sido nada más valientes para estar arracimados en una casa, esperando pacientemente que se cerniera sobre ellos la fatalidad y entregados inexplicablemente en los brazos del destino, del *Fatum* impenetrable, inexorable, indiscutible.

¡Ellos no escaparon porque no pudieron; porque no tuvieron oportunidad de hacerlo! ¿Quién es el valiente que pudiendo escapar

de una muerte segura, no se escapa, si en esta escapatoria no hay deshonor ni manci-lla? Morir innecesariamente, mucho menos temerariamente, no es heroicidad que a nadie glorifique. Y no ha de querer hacerse a estos muertos venerados el poco favor de suponer que solamente fueron al sacrificio por alcanzar las palmas del martirio, como el don Higinio Perea de la nunca olvidada "Opinión Ajena", se sometió a mortal operación quirúrgica por no dar un mentís a su muy bien ganada reputación de hombre valiente.

Multitud de personas, numerosos confabulados en la conspiración serranista, muchos entre ellos parientes próximos de varias de las víctimas sacrificadas horrendamente ese día tres, se escaparon como pudieron, huyeron a esconderse despavoridamente; algunos, como el doctor Martínez de Escobar, fueron ocultos por sus parientes muy próximos. A este doctor lo escondió en su casa el propio General Manuel Fernández Escobar, o el hermano de éste, ambos primos hermanos del doctor Escobar; el uno a la sazón Coronel y el otro creo que Mayor, ambos al servicio del Gobierno callista, como miembros del Ejército Federal. El se-

gundo de ellos fue nada menos que el jefe que mandó la escolta que nos aprehendió y que condujo a la Jefatura de Operaciones de Cuernavaca, adonde yo no llegué ya, al señor General Serrano y acompañantes. Todo el que pudo escapar, escapó, y se escondió, y nadie, ni sus propios familiares, habrán de creer o de decir que se escondieron por cobardes. ¿Sería acaso de exigirles, a todos ellos y a mí mismo, conforme a tan peregrino criterio de viejas histéricas o menopáusicas, que debieron y debimos presentarnos todos a decir a Calles y sus sicarios: "aquí estamos nosotros que también somos culpables"? Esto supera o superaría a los actos de los griegos, sobre todo si se tiene en cuenta la calidad justiciera del enemigo en esos instantes y la ética con que el callismo procedió aun con los hombres que fueron, como Serrano, de su más estricto seno.

Y es de consignarse también, como consigno aquí, por obra de justicia y acatamiento a la verdad, la conducta de los hermanos Fernández Escobar para con sus familiares el doctor y el licenciado Martínez de Escobar, porque he oído también querellas y acusaciones injustas contra ellos, tachándolos de desleales para con los suyos y aun de



otras cosas peores. Ya dije que escondieron en su casa al doctor Martínez de Escobar; diré después, en el lugar correspondiente de esta narración, que mandaron aviso al licenciado Rafael Martínez de Escobar, de que había orden de aprehensión en contra suya, y que escapara, por lo mismo. Sólo que Rafael, en vez de escapar, siguió a los Peraltas, para ir a refugiarse al lado de Serrano, creyéndose allí más seguros. ¡Ellos sí creyeron siempre que a Serrano no lo matarían ni Calles ni Obregón! Torpemente, quizá, yo nunca creí así, y así se los dije.

La oportunidad que yo tuve, por las causas que el curioso lector encontrará explicadas más adelante, fue la única para mí razón de mi escapatoria, y cualquiera que la hubiese tenido —valiente o cobarde, héroe o simple mortal— la hubiese aprovechado seguramente del mismísimo modo que yo la aproveché. En este pícaro mundo —y salvadas las almas piadosas que acrediten canonización inmediata— todos echamos a mala parte lo que a otro beneficia, cuando nosotros no tenemos la suerte de obtener ese mismo beneficio.

Pero declaro, igualmente y desde luego, que quienes así piensen respecto de este ca-

so —que otros muchos llaman de milagro— están en su más perfecto derecho de pensarlo así; sobre todo, si quienes lo piensan —que no son otros que interesados directos en el suceso— tienen un dolor que los justifica y los excluye de toda mala apreciación por su conducta. Quien pierde en una hecatombe, como ésta u otra cualquiera, un ser querido, tiene derecho a sentir y a pensar mal de todo aquel que a diferencia del muerto haya siquiera alcanzado el don de salvar la vida de algún modo.

Escribo sin preocupaciones para con amigos injustos ni para enemigos más o menos rabiosos. A más de once años de distancia de aquellos hechos, y cuando hemos visto con ojos de asombro que los granos de la misma mazorca siguen germinando en campos propicios de suplantaciones y tartufismos que, aunque hayan dejado de ser enteramente trágicos, no pueden dejar de ser siempre cómicos y hasta bufos; cuando estamos mirando que los propios dolientes, erigidos ayer en Catones de cartón o en Césares de Tlaquepaque, andan hoy a la zaga del carromato presupuestívoro, atados por el ombligo y unidos por la tripa a la placenta virginal de Santa Nómima Mártir, ¿qué hemos

de creer en puritanismos de oro falso, ni en jacobinismos de escapulario disimulado; ni para qué nos hemos de enojar porque el ciego aletazo de la casualidad —o llámesele Providencia— haya tocado a las puertas de un pobre mortal que nunca tuvo más culpa que la de marchar como un insensato, como un incauto o como un inocente al lugar en donde los acontecimientos se desarrollaron y en donde nunca tuvo por qué estar?

Menos tengo prevenciones sectarias contra quienes pudieron haberme cortado el hilo de la vida. No las tengo, por el solo hecho de que al intentar cortármelo estaban en su derecho. En política todo se justifica en Méjico. Además, nada significa lo que a mí se refiere. Lo que sí me enardece todavía y me enciende la sangre, es la barbarie del suceso. Nada ni nadie podrá justificar la matanza sin términos de hombría ni de la más elemental de las consideraciones sociales, puramente humana. Matar a indefensos es siempre cobarde, por más que cualesquiera de las necesidades que la política impone así lo exijan o lo manden. Sobre todo, matar con lujo de villanía y de infamia, sin atención a los principios a que el honor obliga; violar las leyes inmanentes del respeto a la

amistad, a la subordinación, a la decencia, es de todos modos vituperable.

Actos como este no enjoyan ni con mucho ni son como para enjoyar las páginas de la historia de ningún pueblo.

I-17-39.



## CAPITULO II

### **Gómez y el movimiento serranista.—Gómez jugando a cartas vistas.—Mi despedida de Gómez**

El sábado 1º de octubre de 1927, a las cinco de la tarde, era todo movimiento, excitación, nerviosidad e inquietudes en la casa del señor General don Arnulfo R. Gómez (calle de Arquitectos, hoy Miguel E. Schulz, 107), en que actualmente habita el señor don Enrique Liekens, Director General de Pensiones, su propietario. Desde la mañana, y desde la noche del día anterior se había iniciado ese movimiento, ese ir y venir nervioso, ese ajetreo que todos veían con ojos de espanto y que pocos sabían a ciencia cierta a qué se debía. Los mismos dirigentes de la política gomizta, como el ingeniero Vito Alessio Robles, nada menos que Presidente del Partido Nacional Antirreeleccionista, na-

da sabían de fijo acerca de aquel movimiento inusitado: preparación de viaje, arreglo de maletas, apercebimiento de armas, secretes furtivos, gentes que entran y que salen misteriosamente, como que traen alguna noticia importante o como que llevan un aviso urgentísimo. Un telegrama que el jefe recibe, que se excusa cortésmente de los demás para leerlo a solas, y que lo enseña a tres o cuatro partidarios de los de su mayor confianza.

Hay razón para que todo aquello alarme y desconcierte a los correligionarios; aun a los "mirones" o "chamberos", que entran en estas maniobras de opereta política o de comedia electoral, como entrarían de comparsa en un teatro, o de monosabios en un circo o en una plaza de toros. Por más que se está diciendo que están enteramente de acuerdo Gómez y Serrano; por más que nos estamos haciendo mutuas y recíprocas caravanas de cortesía, o de entendimiento franco, o de cordialidad "cordialísima", lo cierto es que estamos jugando al ratoncillo y al gato. Ellos se cuidan y se ocultan de nosotros, y nosotros nos cuidamos y nos escondemos de ellos; por más que es muy justo y forzoso consignar aquí que Gómez jugó a cartas vis-

---

tas siempre, con una hombría, con una sinceridad y con una nobleza que no podrán negar sus más encarnizados enemigos, ni los más empecatados serranistas.

En dos aspectos salientes de esa campaña presidencial inolvidable, puede juzgarse claramente de la conducta del General Gómez, y al citar estos dos aspectos, acudo a los hombres de honor del gomizmo, vivos hoy todavía y que supieron y conocieron punto por punto las cosas de que voy a hablar. El General Serrano, mejor dicho, el General Carlos A. Vidal, eje principal del serranismo, se empeñaba en que Gómez declinara su candidatura en favor de Serrano. Una noche y otra noche acudió a mi casa el General Vidal, mi carísimo amigo, a insistir en que yo convenciera al General Gómez de que debía declinar su candidatura en favor del General Serrano, creyendo erróneamente Vidal que era yo el óbice principal para que Gómez tomara esa determinación. Del mismo modo insistió con diversos elementos del gomizmo, amigos suyos, a quienes trataba de convencer de que era más conveniente adoptar como candidato a Serrano que a Gómez, por múltiples conceptos y por abundancia de razones, entre las cuales, naturalmente, te-



nía que ocultar la principalísima y tal vez única: la de su conveniencia personal, muy razonable, sin duda, pero de ningún modo argumento bastante poderoso para convencer a la plana mayor del gomizmo, en la cual, entre muchas también poderosas razones, tenía que existir la misma de la conveniencia personal. Que humanos somos y nuestra política es así: por más que en ella nos disfrazemos de idealistas, de puritanos, de partidarios de principios y doctrinas; aunque lleguemos a las cumbres de la legalidad como el General Obregón, cuando dijo “que se mutilen los hombres, pero que se salven los principios”; a pesar de toda esta literatura de líderes, o “fábulas”, como dijo el ranchero del cuento, lo cierto es que somos antes que nada personalistas; que queremos que nuestro amigo sea el candidato, porque con nuestro amigo tenemos asegurada nuestra “chamba”, o nuestro “hueso”, y no hay lucha que no se haga por el “hueso”, o... ¿para qué peleamos?

Supuesto, por conocido, todo esto, y mucho más que pudiera decirse con relación al caso, nada de extraño ni de raro ha de parecer que Vidal y todos los serranistas de buena fe creyeran que el General Serrano era

mejor candidato que el General Gómez; y nada tendrá de absurdo ni de reprochable tampoco que los gomiztas, por nuestra parte, creyéramos, como creo que lo seguimos creyendo hoy todavía, que Gómez convenía más como candidato, porque tenía mucho mayor popularidad en la República. Todos saben que desde que surgió sobre el tapete de la discusión política el tema de la reelección presidencial; cuando todos los círculos políticos eran obregonistas y veían en Obregón “otro Dios vivo” para asegurarles acomodamiento perenne de seguro ordeño a la ubre fecunda del presupuesto por años y felices días; cuando el mismo General Gómez era obregonista, callista y servidor del gobierno como militar, este alto Jefe del Ejército tuvo, el primero y único, el gesto levantado de protestar contra la reelección presidencial y contra la vil patraña de las Cámaras Federales —desde entonces en franco, creciente y nauseabundo descenso en la independencia del criterio, hasta llegar al actual “maratón” del lacayismo en que no se adivina, sino se suplica la consigna— contra la audaz resolución de reformar el artículo 83 de la Constitución, para hacer posible, fac-

tible y, desde luego, acometible la reelección del General Obregón.

Pues bien, a esto se opuso franca y abiertamente el General Gómez, así lo declaró como Jefe de Operaciones que era, creo que en el Estado de Veracruz. Y a esto se debía la popularidad del General Gómez en la República. Dentro de la oposición general al callismo-obregonismo; dentro del antirreeleccionismo puro, era natural que el General Gómez tuviera mayores simpatías que el General Serrano. Un gesto de tal naturaleza siempre levanta y despierta adhesiones y sufragios entre el pueblo, que es esencialmente sentimental y emotivo, y entre los idealistas, de los cuales aun hoy mismo, después de tanta adversidad, creo que quedan algunos en pie y firmes a la lista de presentes para cualquier momento propicio.

Pues a pesar de esta mayor popularidad del General Gómez; a pesar de que fue electo candidato en una verdadera convención nacional; frente a la insistencia del serrañismo en eliminarlo, haciéndole creer la conveniencia ilusa de que fuera Serrano el único candidato de la oposición; con alteza y prestancia que nadie tampoco podrá dejar de abonar al "haber" del General Gómez, el

General Gómez llegó a proponer lo siguiente: que se eliminaran él y Serrano, renunciando como candidatos del antirreeleccionismo a la Presidencia; que se celebrara una nueva convención del gran Partido Nacional Antirreeleccionista, en la cual ninguno de ellos dos figuraría como candidato; y que se comprometieran ambos a sostener al que resultase electo en esa convención. Nada ni nadie pudo hacer que aceptase esto el General Serrano, es decir, el General Vidal, que era el jefe del partido serranista, su verdadero eje y resorte.

Otro aspecto saliente de la conducta política de Gómez fue que él abrió sus cartas, mostró su juego al serranismo, en la conspiración para un movimiento armado en el país, movimiento que no se haría hasta el mes de julio de 1928, después de las elecciones presidenciales y cuando el fraude electoral quedase comprobado con la elección del General Obregón y sirviese otra vez como bandera el principio de "sufragio efectivo y no reelección". Así se propalaba entre gomiztas y serranistas igualmente; así lo habían convenido y acordado personalmente los dos candidatos. Así trabajaba en su labor de propaganda el gomizmo, sobre todo entre

el elemento militar. En cambio, el serranismo preparó y festinó un movimiento armado, un franco cuartelazo militar, a espaldas del gomizmo, negándolo y ocultándolo al propio General Gómez. De aquí que, como dice el mismo Vito Alessio Robles, nada menos que Presidente del Partido Nacional Antirreleccionista; como ha dicho el señor ingeniero Palavicini, que así lo declaró al ser aprehendido, y como es público y notorio, no hayamos sido sino unos cuantos de los que estábamos al lado del General Gómez, quienes supiéramos el levantamiento serranista y la determinación del mismo Gómez, de sumarse al movimiento, ante el peligro de perecer con cualquiera que triunfara. Y que si tal cosa supimos fue debido a la suspicacia del talentoso y valentísimo Panchito Gómez Vlzcarra, que fue quien averiguó la conspiración y obligó a Gómez a convencerse de que el movimiento sería mucho antes de la fecha en que se había convenido. Y por aquí también se ve la conducta clara y abiertamente leal del General Gómez.

Documentadamente habla de esto el ingeniero Alessio Robles, en la nota (2) de la página 142, de su libro "Desfile Sangriento", y demuestra hasta la evidencia la ver-

dad de que Gómez y el gomizmo eran no sólo ajenos a la asonada militar del 2 de octubre, exclusivamente serranista, sino contrarios al movimiento armado del momento.

El caso fue que Gómez tuvo que abandonar la capital de la República el sábado primero de octubre. Y a las cinco de la tarde de ese día todo era excitación y movimiento en su casa habitación, en la que bullían y se revolvían políticos correligionarios, políticos espías que adelantaban sus cochinas narices para poder llevar "nuevas" y frescas buenas al obregonismo, que reía como Maquiavelo frente al candor de Serrano, de Serrano que creyó en un movimiento de conjunto, en que todo el Ejército Nacional se levantaría, sublevado, por todos los confines del país, proclamando la caída de Calles y aclamándolo a él, como seis años antes había aclamado al General Obregón, verdadero y recio caudillo, héroe hasta ese momento histórico, capaz por lo mismo de arrastrar como arrastró a la nación entera en el movimiento de protesta contra la imposición carrancista.

Hervía la situación y todo el mundo se preguntaba en la casa del General Gómez: ¿qué pasó? ¿A dónde se va el General? ¿Por qué se va? Y aun los que estábamos ya en

el ajo, no sabíamos cómo íbamos a proceder, ni qué conducta seguiríamos. Gómez en su recámara, en mangas de camisa, con los tirantes caídos, sacaba ropas y prendas diversas de un ropero o de otro mueble y los pasaba a José Villagómez Escalona, su fiel y abnegado ayudante, que las recogía para ir las acomodando en grandes baúles, en una alcoba contigua; baúles que a toda prisa y a medida que quedaban repletos y cerrados, iban siendo sacados y transportados a distintos lugares y a casas de amigos y correligionarios gomiztas, o al hotel en que la amante veracruzana de Gómez estaba alojada, amante que se quedó con las más valiosas de las joyas del General:

En seguida abrió una "cómoda" o tocador en que guardaba correspondencia y cosas de afeite. Gómez era muy afecto a pomadas y perendengues para el adobo personal. Sacaba y rompía papeles, que leía a medias. En tanto a su alrededor hacíamos comentarios contradictorios, el doctor Jiménez O'Farrell, que valientemente acompañó a la aventura al General Gómez, para prodigarle sus atenciones médicas; Paulino Fontes, que también se marchó con Gómez; Panchito Gómez Vizcarra, el licenciado Rafael Martí-

nez de Escobar y yo. Hablábamos en el balcón, fumábamos nerviosamente Rafael y yo, y nos acercábamos a cada instante al General Gómez. Me preguntaba Rafael: ¿nos iremos con el General, supongo yo? ¿Qué tendremos que llevar? Yo tengo lista mi petaquita de mano, con ropa interior y cosas ligeras, ¿qué llevarás tú? —Lo mismo, le contestaba yo.

—Pero es que el General no quiere que nos vayamos con él, me dijo al fin Rafael; y yo no me quedo aquí para que después digan que los civiles somos no más “encampadores” y que “a la mera hora” hacemos lo que el Capitán Araña.

Nos acercamos entonces, juntos, al General y le dijimos: —Bueno, General, ¿que no nos vamos con usted?

—No, contestó el General Gómez, ustedes se quedan aquí, procurando pasearse mañana domingo por las calles, ir a Chapultepec para que les vean y no se sospeche de mí ni de nosotros.

Los dos, Escobar y yo, protestamos airados, en el acto. ¿Cómo íbamos a quedarnos aquí, y mucho menos a andar por las calles sin grave riesgo de ser aprehendidos? Y,



estuviéramos a su lado en el peligro o en sobre todo, ¿qué razón había para que no donde las circunstancias nos colocaban a todos, cuando ambos corriamos con él la misma suerte y estábamos obligados a jugar la misma carta suya en aquellos terribles momentos?

Escobar acudió a Paulino Fontes en son de protesta: —¿Te parece debido que Santamaría y yo no nos vayamos con el General, sino que nos quedemos aquí de... puros tarugos? y encarándose al General: —No, General; nos parece que usted no hace bien en dejarnos aquí, desconectados de usted y en condiciones penosas para nosotros.

El General Gómez se encaminó a la recámara contigua, como a llevar alguna cosa a guardar, mientras Rafael se juntaba a Fontes en el balcón, siempre quejándose de la determinación que se nos imponía. Al entonar la puerta, el General me guiñó llamándome con la mirada. Entré detrás de él; él mismo cerró, ya adentro, la hoja de la puerta que habíamos traspuesto; me echó las manos a los hombros, visiblemente movido por la emoción y me dijo las siguientes palabras:

—“¡Licenciado: las vidas de usted y del licenciado Escobar son preciosas para mí;

ustedes no deben morir en esto! Yo sí. Y a eso voy. Yo sé que ya esto se hundió y que no tiene remedio. Serrano nos ha arrastrado en esta locura, y yo tengo que irme, siquiera a refugiarme, para ver si me salvo, o para afrontar los acontecimientos. Escóndanse aquí usted y Escobar; deme usted su dirección, para comunicarme con ustedes y avisarles en caso de que puedan irse, si esto prospera, que no lo creo. Llévase usted al licenciado Escobar y explíqueme esto que no pude decirle allí frente a las otras personas." Y diciendo esto, me entregó su pistola, la que le regaló don Venustiano, preciosa escuadra 45 con cachas de plata; su fuste de carey campechano, con empuñadura de oro y las iniciales de M. P. (General Manuel Peláez, que se lo regaló); algunas prendecitas y objetos femeninos, y me dijo, casi con lágrimas en los ojos: "Guarden estas cosas usted y su señora como recuerdo mío. ¡Yo no volveré de esta aventura! ¡Adiós, licenciado!" (1) Y me abrazó.

1 He querido guardar y reproducir textualmente estas palabras, porque revelan indiscutiblemente nobleza e hidalguía, un corazón bien puesto en el pecho del desventurado y leal y firme amigo, el General Gómez. Sus enemigos, que sólo

Salí; tomé del brazo a mi queridísimo Rafael Martínez de Escobar. "Vente, le dije, en voz baja, fengo que explicarte lo que me ha dicho el General". A viva fuerza lo hice que tomara su sombrero y me acompañara:

Bajamos las escaleras; salimos; tomamos mi coche y... sucedió en las calles y en esa noche lo que ha de referirse en el capítulo siguiente.

Mientras tanto, el General Gómez salió de Méjico para ir a unirse en Perote con el General Lucero, compadre y amigo suyo, de quien procedía el mensaje que momentos antes recibiera. Salió en automóvil hasta "Los Reyes", punto cercano a Texcoco, a tomar allí el tren Interoceánico. Le acompañaron: Francisco Gómez Vizcarra, el doctor Alfonso Jiménez O'Farril, Homero García

---

juzgan de las faltas y de los errores del hombre, han de pesar y sopesar esta conducta del poderoso en derrota, de la grandeza en desastre, que frente al inminente peligro trata de salvar a sus amigos, a dos civiles a quienes no considera obligados a morir. Algo hay que abonar siempre a todas las cuentas, por más que en las cuentas, aun las morales y de carácter propiamente ético, mucho pesen los cargos, cuando el cuentahabiente es un caído.

Rojas, cuñado de éste, y su chofer, apellidado Villa. En tren salieron también, para bajarse en Perote, Paulino Fontes, "El Chato" Portillo, el teniente coronel Fonseca y algunos otros. Homero García devolvió de "Los Reyes", con Villa, el coche del General Gómez a Méjico, y trajo consigo algunos mensajes del propio General, para diversos correligionarios suyos a quienes, en forma cifrada y convenida, avisaba que el movimiento debía hacerse desde luego.

I-18-39.



## CAPITULO III

### La última noche en Méjico

Serían las cinco y media de la tarde, tarde aquella que pardeaba con indicios celestes de turbonada próxima. Algún frío. Alguna niebla. Vientecillo otoñal, ni molesto ni agradable.

Rodando el automóvil al acaso, por las serenas rúas que nos llevaban sin objetivo y sin meta, atravesando la ciudad de un rumbo a otro, encaminámonos a Chapultepec, el punto propicio y forzado para citas y también para conferencias amistosas; donde puede uno departir a sus anchas y al amor rumoroso de las frondas amigas y discretas. Hacia allá íbamos, por la Avenida Durango, cuando un mozo de estribo del General Treviño trotaba a caballo, tirando de la brida a un corcel enjaezado como para

viaje o para excursión. Un comentario rápido de nosotros al pasar junto a él: ¡también el General Treviño se va a la bola! Y manda su caballo como para montar en él en las afueras de la ciudad. ¿Se marchará al Ajusco? ¿Adónde irá?

Esto en lo ajeno, que en lo propio otra cosa pasaba. En cuanto que tomamos mi coche, a la puerta de la casa del General Gómez, manejando yo, senté a mi lado derecho a Rafael, el licenciado Martínez de Escobar, y principié a referirle lo ocurrido con aquél, las instrucciones terminantes que me diera y la explicación cariñosa para él. En el momento mismo en que acabé de exponerle, Rafael saltó diciéndome:

—“Yo no me quedo aquí. Ya se lo dije al General Gómez que no quiero quedarme. Después dicen que los civiles no somos más que “encampanadores” y que los militares lo hacen todo. Y tú te vas conmigo. Nos vamos a Guerrero con los Peralta. Al cabo que allá están sublevados Viguera y Bárcenas, dos amigos nuestros que nos darán toda clase de seguridades y garantías, que nos recibirán con alegría y a quienes podemos ser muy útiles para organizar debidamente aquel movimiento.”

En efecto, Victorino Bárcenas, y Viguerras, cuyo nombre no recuerdo, eran dós valientes rebeldes que hacía meses estaban levantados en armas contra el callismo, en el Estado de Guerrero, y que a duras penas y a salto de mata se sostenían en las montañas, más bien a la defensiva de las tropas del Gobierno, pero firmes en su actitud de protesta contra el régimen imperante. Cierto también que eran amigos nuestros; pero solamente esto no nos autorizaba para marchar a incorporarnos a ellos, sin órdenes del General Gómez, sin su conocimiento siquiera.

Entre tanto, cerrado ya Chapultepec, tomamos la calzada para las Lomas, hasta la terminal, que en ese entorces se hallaba a la mitad del camino que hoy se hace hasta los aledaños de la colonia. Bajemos aquí, me dijo Rafael. Me desvié a la derecha hasta el borde de los desfiladeros que muy cerca de la calzada se inician. Me detuve y salimos ambos al campo abierto, frente a la inmensidad donde empezaba a caer la sombra del crepúsculo, cerrando el día y abriendo los cortinajes de la noche. Adelantándose a mí, Rafael tiró la portezuela y saltó al campo, abriéme ampliamente el saco y el cha-



leco, como descubriéndose el pecho para respirar a pulmón lleno, echó una larga mirada pensativa al espacio y exclamó: —“Aspiraré por última vez los aires de Chapultepec y de las Lomas.” ¿Qué siniestro presentimiento iba prendido a la imaginación ardiente, siempre viva y en hervor de aquel soñador girondino, poeta de la libertad, cantor de las democracias, poeta y soñador como Lamartine? Por cierto que días antes había-le prestado yo los discursos de Lamartine, obra deliciosa que él no conocía, que recibió con fruición y que ya no me devolvió. Sus hijos deberán guardarla como un testimonio de las aficiones oratorias de su padre, que encontró en este libro franco refugio a sus aspiraciones y a sus ideales, que auspiciaba su valer personal y acariciaban las auras populares, a las cuales él entregó su vida en cuerpo entero.

Tras de un breve paseo y un cigarro, cuando las luces cuajaban el panorama feérico deslumbrador del Méjico iluminado en la hondonada del valle, a la cuesta oriental de aquellas lomas, con decisión inmediata me dijo Rafael: ¡Vamonos! Y tomamos el coche nuevamente, reanudando desde luego la charla acerca del tema interrumpido. Pe-

gó él la hebra de la conversación, diciéndome:-

—Insisto en que nos marchemos a Guerrero. Vamos ahora mismo a ver a los Peralta. Miguel Angel te convencerá de que debes irte con nosotros, si a mí no me quieres atender.

Menos que nada podía yo aceptar ir a la casa del General Miguel Angel Peralta, por motivo que explicaré en seguida. Miguel Angel era viejo amigo mío, desde la época de la fundación del P. L. C. (Partido Liberal Constitucionalista), el único y auténtico partido de la revolución, formado por revolucionarios genuinos, por los cartuchos cargados de la revolución; el único verdadero partido revolucionario que ha existido. En él estuvimos siempre afiliados al ala radical Miguel Angel y yo, como Martínez de Escobar, como Siurob, como García Vigil, como Cienfuegos, como tantos más. Pero Miguel Angel era impulsivo por temperamento, y hacía cosa de una semana que en la propia casa del General Gómez, por motivo baladí, Miguel Angel había estado violento conmigo, injustamente, hasta el grado de que yo procuré en lo sucesivo no hallarme con él a las horas en que de ordinario

nos reuníamos en el "hall" o en las antecámaras de aquella residencia todos los correligionarios que más de cerca rodeábamos a Gómez.

De suerte que al decirme Rafael que fuéramos a la casa de Peralta, rehusé con mayor desagrado la insinuación y tuve que recordarle el incidente que él presencié y que me obligaba a excusar la presencia de Peralta, por más que fuera muy estimado para mí. Pero entonces Rafael se agarró de este propio incidente para doblegarme. Mira, me dijo, precisamente por este desagradable sucedido, Miguel me ha suplicado que te haga ir a su casa. Está él muy mortificado y necesita saber que tú has depuesto todo resentimiento en contra suya, por cosa que en realidad no ha valido la pena.

Resolvimos, por fin, irnos a merendar al centro y luego ir a casa de Peralta. Tenazmente Rafael insistió en convencerme de la partida a Guerrero y yo insistí en negarme. A eso de las nueve de la noche tornábamos a la Colonia Roma, dirigiéndonos a la casa de Peralta, creo que en las calles de Puebla o Jalapa. Miguel Angel en persona salió a abrir la reja del jardín. Allí estaba su hermano Daniel, también General. Ya habían

cenado. Me abrazó Miguel Angel con efusivo cariño, diciéndome: "me da mucho gusto verte aquí, y agradezco a Rafael que te haya traído. Me mortifica verte enojado conmigo. Tú no acabas de conocer mi carácter guasón, Lo que fue una broma, tú lo tomaste por una amenaza o una agresión. Déjate de tonterías". Nos abrazamos, y todo quedó concluido, por más que estaba concluido desde que acepté ir a su casa. Nos brindó su mesa; nos hizo tomar a fuerza unos huevos pasados y un café... Y allí también prendimos la hebra, adelantándose él mismo a decir: "Tenemos todo arreglado, Rafael, mi hermano Daniel y yo, para irnos al Estado de Guerrero, en donde contamos con Victorino y con Viguerras, que están fuertes, que nada ha podido hacerles el Gobierno ni les hará nada. Ariza nos espera en Cuernavaca. Iremos hasta allí como de pasco, y de allí seguiremos con Ariza. Y tú tienes que irte con nosotros, porque debemos estar unidos como elementos gomiztas y porque tú tienes ascendiente reconocido con aquellos dos correligionarios. Verás qué cuerpo revolucionario haremos, con una oficialidad brillante, compuesta de los muchachos intelectuales, estudiantes casi todos, que se irán con nosotros. Tengo ya todo arre-

glado para salir de aquí. Mañana a las cinco de la mañana nos esperará en el parque del Ajusco un amigo mío, en su coche particular, para conducirnos hasta Cuernavaca. Estaremos allí pocas horas, para salir en seguida con el Gral. Aríza, que tiene gente lista en las afueras. Todo esto antes de la hora de los acontecimientos aquí mañana, que serán a las ocho de la noche en Balbuena. En Cuernavaca está Serrano desde ayer. Allí esperará el resultado inmediato de lo que aquí suceda, que será breve, porque todo está muy bien preparado. Y es conveniente que al sumarnos al movimiento, lo hagamos con un contingente valioso, que nos dé fuerza y personalidad para reclamar o tener por lo menos derecho a ser oídos en las determinaciones que se tomen en seguida. Nada; que te vas con nosotros. El General Villarreal está de acuerdo en colaborar también en el movimiento, con muy buena voluntad. El se movilizará mañana mismo, si no se ha ido ya. Treviño ya salió rumbo al Ajusco...”

Habló con verdadero entusiasmo, teniendo por un hecho el éxito indudablemente asegurado del movimiento que se preparaba en Méjico, como quien lo conocía al dedillo y lo veía desarrollarse matemáticamente. Todo a

pedir de boca. Y allí, tras de una y otras muchas razones que quise acumular para excusarme de ir con ellos, ateniéndome siempre a las instrucciones del General Gómez, terminé por sentirme derrotado y declarar finalmente: "Me iré con ustedes".

Poco hablamos después de mi respuesta y mi resolución. Se hizo advertir la conveniencia de no irnos en los coches particulares de ninguno de nosotros, porque podríamos ser más fácilmente vigilados o localizados por la policía; se previno no llevar consigo ningún equipaje, sino, enviarlo por vía férrea y a manos de amigos y correligionarios nuestros de toda confianza, a fin también de no hacernos sospechosos, en el caso presunto de una detención, que no era remota porque la inquietud era general, se había hecho público que habría un levantamiento, se mascaba en el ambiente el estado de descontento y desasosiego unánime. Solamente los gomiztas seguían ignorando todo, y apenas si los más avisados o más desconfiados, habían oído que el "batacazo" sería el día ocho de ese mes de octubre.

eran más de las once de la noche, mientras tanto. Acordamos reunirnos allí mismo,

antes de las cinco de la mañana del día siguiente. Rafael y yo nos dispusimos a partir.

Ráfagas como fosfóricas trazaban siniestra grieta de luz súbita y frecuente en el espacio. Una tempestad horrenda debía desatarse allí cerca, hacia el sur del Valle y parecía que el relámpago, cola del monstruoso reptil de la tormenta, se agitaba y retorció como un látigo sobre la gran ciudad dormida, amenazándola. Parpadeaba la luz eléctrica en las calles, apagándose y encendiéndose a cada instante. Algo hubo de afectarnos el trastorno atmosférico tan desusado y espectacular cuando dijimos los que salíamos ¡vámonos, que va a llover horriblemente!, a lo que respondieron los que se quedaban: ¡váyanse, que ya llueve!

I-19-39.

## CAPITULO IV

### LA ULTIMA NOCHE EN MEJICO

(Concluye)

A buena salida de la casa de Peralta, determinamos pasar a consultar la opinión, siempre juiciosa, del General Villarreal, a las calles de Tonalá, donde vivía su señora esposa y a donde sabíamos que llegaba él por las noches a altas horas.

Parecerá raro esto de que el General Villarreal llegara solamente por las noches a su casa; pero es bien sabida la serie de odiseas que cubren las dos terceras partes de la vida de este verdadero patriarca de la revolución. Estas odiseas consisten o han consistido en sus constantes evasivas y escapatorias de persecuciones y carcelazos políticos, a semejanza de aquel otro su paisano Fray Servando, que gozaba de la misma facultad prodigiosa de hacerse ojo de hormiga para escapar



de todas partes, facultad que parece, por lo visto, producto de la tierra de Nuevo León.

Hecho de una sola pieza y rebelde a todas las tiranías, Villarreal ha vivido constantemente enfrascado en conspiraciones y movimientos sediciosos fracasados.

Pues bien: el General Villarreal, en una de tantas de sus periódicas ocultaciones revolucionarias, andaba en ese año de 1927 todavía a hurto de la vigilancia policiaca, como rebelde no amnistiado de la última "bola" hasta entonces, la de la revolución delahuertista, de los años 23 y 24. Después de salvar el pellejo, como una de tantas veces, en el último desastre que sufrió por el Estado de Tamaulipas, en donde murió peleando como un león, cuidándole la retirada, el valiente coronel tabasqueño Rafael Cánovas; en donde escapó el efebo, varonil y talentoso Ramoncito Treviño, joven abogado que, amnistiado en seguida, fue momentos después villanamente sacrificado, Villarreal ganó el monte hasta llegar a esta Ciudad de Méjico, y aquí se nos presentaba furtivamente a cada noche a asustar con su presencia a los amigos que más le hemos querido; a asustarnos por el temor de que fuera aprehendido, cuando sabíamos y hemos sabido cómo las gastaba el

hojalatero líder máximo. De cuando en cuando también nos topábamos en las calles con un obrero de "overol" azul y ancho sombrero ranchero, o nos dejaba fríos al presentarse aquel obrero en una librería a comprar libros de exégesis del comunismo o del marxismo. En una de esas ocasiones, por cierto, el General Villarreal y yo tuvimos un percance. A hurtadillas el General Villarreal paseaba conmigo, como de costumbre, en mi coche y platicábamos a nuestro sabor a la entrada de la noche, por las afueras de Méjico. Pero en una ocasión, en ésta a que me refiero, se le metió que fuéramos a charlar tomándonos un chocolate tabasqueño en mi biblioteca, y hacia allá nos dirigimos. Por la Estación Colonia, vía Insurgentes, salimos al Paseo de la Reforma, en el momento mismo en que a la altura de nosotros y a riesgo de chocar con un automóvil, se detuvo el coche presidencial en que iba el General Calles, camino de Chapultepec. Sacó éste la cabeza por la portezuela izquierda trasera de su coche, como para identificar a Villarreal que iba adelante a mi derecha, Villarreal también hizo hacia afuera la cabeza a la derecha, y viendo de frente y muy de cerca a Calles, le dijo con voz fuerte: "¡Ay, hijo de la...!"

Naturalmente que yo apreté la velocidad hacia la Colonia Roma y no llegábamos a la altura de la Avenida Chapultepec, cuando advertimos que el coche presidencial nos avistaba y nos seguía. Perdidos, por fin, en el vericuetto de las últimas calles hacia la calzada de Tacubaya, terminé por tirar al General Villarreal no recuerdo en dónde y encaminarme seguidamente a mi casa, Sonora 81, en que vivía. Cuando llegué, las guardias de no sé dónde, polizontes de no sé qué categorías, andaban ya rondando mi domicilio y me cercaron al entrar por la reja en mi automóvil. Híceles comprender que Villarreal no podía estar en mi casa; que había andado conmigo, pero que minutos antes le había dejado en lugar muy distante. Y aquí acabó el episodio.

A casa de Villarreal nos dirigimos, decía yo. Pero una lluvia torrencial espantosa nos obligó a detenernos por las calles. Caía tan nutrida el agua, que era inútil tratar de romper la oscuridad de la tormenta con las luces de los fanales del automóvil. Las cataratas del cielo se habían abierto para volcarse sobre la tierra. Encerrados e inmóviles dentro del vehículo, Escobar y yo seguíamos con atención atemorizada el curso furioso y embr-

vecido de la tormenta, que a cada instante parecía enfurecerse más, sin dar señales de término ni mengua. Después de larga y paciente espera, guiamos por fin hacia las calles de Tonalá; llegamos a la casa del General Villarreal al filo de la media noche. Un timbrazo de Rafael, que bajó a la reja, y en seguida apareció la fámula, que nos franqueó la entrada. Ascendimos a un amplio salón, lujoso y acondicionado como para recepciones cotidianas, inmerso en la media luz de una penumbra oriental. Al fondo, el General Villarreal, en correcto traje de calle se destacaba moriscamente arrellanado en una acoginada poltrona de pelo de camello o de vicuña.

Rafael encendió su gran puro con que se daba pisto y a cuya primera fumada parece que entraba en calor para su charla gárrula y vigorosa en que ni por un momento perdía su “pose”, de orador, ni olvidada la gallardía de la elocuencia. Diálogo breve, tras de las frases de estilo, que preparan la introducción del asunto, para entrar en materia.

—¿Qué opina usted de esto, General?

—No tengo yo mucha fe en lo que aquí va a suceder, y aunque Serrano está en Cuernavaca, desde ayer, yo mejor me iré mañana a Texcoco, a unirme a Rueda Quijano, que me

merece toda confianza. Este es hombre de una sola pieza.

—Oiga usted, y Juan Domínguez ¿cómo anda? ¿Cree usted que jale?

—Si Juan Domínguez no jala, es como si no jalara el mismo Serrano.

Las palabras del viejo lobo de los mares de la revuelta política, indican desde luego que no confiaba mucho en los Jefes Militares que harían el movimiento en la Capital de la República. ¿Qué sabía? ¿En qué fundaba sus temores? ¡No lo sabemos, ni lo he aclarado con él nunca! Pero su conducta ulterior, como veremos en capítulos siguientes, expresan a las claras que efectivamente desconfió del movimiento en esta Capital y de los hombres que lo acaudillarían. Por otra parte, la conducta misma del señor General Almada, Jefe de la sublevación en la Capital, marchando en retirada en el acto hasta Texcoco, en vez de atacar la poca guarnición que escoltaba a Calles y Obregón en Chapultepec, es cosa que así como pudo ser la causa de desconfianza del General Villarreal, ha sido y seguirá siendo misterio o, por lo menos, inexplicable maniobra para todo el mundo. Lo absurdo nunca complace ni convence como

explicación ni como justificación, mucho menos en casos y asuntos de semejante trascendencia histórica. Santa Anna huyendo despavorido en San Jacinto, sin presentar combate o sin batirse hasta el punto de ser deshecho, como manda el honor militar, mereció el juicio unánime de acusación con que la historia lo ha consagrado, crucificado, mejor dicho.

El señor General Almada no está justificado ante la opinión pública. No lo acuso yo, porque no puede acusársele sin temeridad, en tanto no haya más que una prueba presuncional como la de su retirada; prueba que puede ser fácilmente destruída por cualquier explicación verosímil que él pueda dar y que nosotros no conozcamos. Pero lo cierto es que hasta hoy esa explicación, que yo sepa, no existe, y si existe, declaro mi ignorancia acerca de ella.

Por cierto que recuerdo, a propósito de esto, un incidente ocurrido entre el señor General Almada y yo, en el destierro. Me traía en su coche el General Villarreal, de su casa en que había yo comido, a la mía, en San Antonio, Texas, recién caído yo por esos pagos, a raíz del desastre de la revolución de marzo de 1929. Por la acera junto a la cual

rodábamos, caminaba en sentido contrario un caballero, que saludó al General Villarreal. Detuvo éste el coché y el caballero se detuvo a saludarle. Interrogámonos “¿se conocen ustedes”? —No señor, contestamos ambos, el caballero transéunte y yo. —“El General Almada. El licenciado Santamaría.” Nos dimos mutuamente las manos, sobre las frases rituales de la presentación, y el General Almada habló el primero, dirigiéndose a mí. “Sé que usted ha escrito o tiene escrito algo acerca del movimiento que yo encabecé en Méjico, y que allí me trata usted muy mal o en forma muy desfavorable”. —Señor General, le contesté, tengo la impresión que todo el mundo manifiesta con relación a los hechos; pero no tengo el ánimo, ni puedo tenerlo, de lastimarlo ni ofenderlo a usted gratuitamente. Los hechos históricos se juzgan aclarándolos.”

—“Yo necesito hablar con usted y que usted me oiga, me dijo interrumpiéndome. ¿Dónde vive usted? Iré a verlo a su casa.” A lo cual repuse cortés y agradecidamente: “Señor General, tendré mucho honor en esperarlo a usted, cuando guste, en su casa, Avenida San Pedro 227. ¿Cuándo quiere que nos veamos?”

—Mañana mismo, a las cuatro de la tarde, me dijo.

—A sus órdenes. Buenas tardes.

Ni al día siguiente ni nunca tuve el placer de ver en mi casa al señor General Almada, ni he vuelto a verlo en parte alguna. Seguramente si lo veo, no lo reconozco. Tampoco quiere decir esto que la presunción se confirme. Declárolo francamente. Pudo haber sido olvido, o descuido lo que hiciera al señor General Almada no concurrir a la cita; o pudo ser muy bien que no le pareciese de ninguna importancia darme explicaciones; o que mi propia insignificancia fuese causa de que él no se considerase obligado a tal aclaración. Todo, naturalmente, también justificado para mí desde luego. Pero el hecho fue así, y así tengo la obligación de referirlo. (1)

---

(1) En charla que acabo de tener con el General Villarreal, que ha visto lo que a él se refiere en estos artículos, me da una explicación respecto de la conducta del General Almada, explicación que releva a éste de toda justificación y da la tarea de entrar a defenderse. ¿Debí por esto mismo suprimir en esta narración lo que se refiere al General Almada? Creí conveniente conservarlo, para que fuera motivo y razón de consignar también los informes del General Villarreal, ya que estos mismos informes son favorables para el General Almada.



Hemos divagado bastante. Lo sustancial de la entrevista con el viejo apóstol revolucionario, queda dicho. Nos brindó una copa de buen vino, y nos despedíamos de él, tras de anunciarle que marcharíamos hacia el Estado de Guerrero al día siguiente, mejor dicho al amanecer de ese día, porque eran ya cerca de las dos de la mañana. Nos despedíamos ya, cuando nos dijo: —“bueno y Gómez ¿qué va a hacer?” Reanudamos la char-

---

El General Villarreal explica el fracaso de la conspiración serranista, del siguiente modo.

Altos Jefes Militares y entre éstos principalmente y como abanderados antirreeleccionista el General Eugenio Martínez, simpatizador del serranismo, habían planeado un movimiento para desconocer al Congreso de la Unión y disolverlo, porque este poder federal se había transformado en un partido político electoral (como viene sucediendo hasta hoy), con grave violación constitucional y con agravio de los intereses nacionales. Viejo zorro el General Calles, tenía ganada la confianza del General Serrano, haciéndole creer que él era antirreeleccionista y que no estaba espontáneamente de acuerdo con la conducta del General Obregón, al reelegirse éste. Casi en la misma forma puedo decir yo que intentaba ganarse la confianza de Gómez, aunque éste, más malicioso que Serrano, sabía mejor el terreno que pisaba respecto de su paisano el Maestro Calles.

• En estas condiciones, Serrano reveló a Calles todo el secreto de la conspiración, seguramente —opina

la unos minutos, ya en pie para marcharnos, en nueva tesis a guisa de postdata. Explicamos la resolución de Gómez y explicó Rafael, como pudo, la conducta nuestra, la resolución de marcharnos en rumbo opuesto. "Hacen ustedes bien, replicó el viejo Villarreal; por allá no estaría bien". Al decir "allá" se refería al lado que miraba hacia Gómez.

No depuso jamás el General Villarreal su enojo justificado contra el General Gómez, de quien se hizo enemigo desde los días de

---

Villarreal— para ver cómo reaccionaba. Calles en el acto comprendió la gravedad del conflicto, llamó inmediatamente al General Obregón, que andaba en gira de propaganda, y lo enteró de todo. Obregón tomó en sus manos la situación, y con su innegable perspicacia de águila, movilizó corporaciones y jefes de la guarnición de Méjico y alrededores, trayendo gente de su confianza; y sobre todo, llamó a don Eugenio Martínez, lo sometió a la obediencia y lo obligó a salirse del país inmediatamente. En buenos términos, pues, don Eugenio "se rajó", por todo lo largo.

Una vez que el eje del movimiento, que era a la vez, como el padre de Serrano, abandonaba a éste, dicho se está que multitud de jefes, cuyos nombres no vienen al caso, "se agazaparon" cautelosamente y a la hora del movimiento, el día dos de octubre, el General Almada se halló casi solo; y en vez de contar con el grueso de las fuerzas de Méjico, no contó

la revolución delahuertista y por quien, principal y únicamente, tuvo que irse al campo rebelde. El capítulo es largo y bien lo referiremos en otra ocasión, si al caso viene. Lo conozco muy puntualmente, porque estuve muy cerca del General Villarreal en esos días, porque me ha dispensado siempre la merced de su estimación personal e íntima, que mucho me honra y porque fui testigo y aun influí decisivamente cerca del propio Villarreal, la noche en que don Adolfo de la Huerta mar-

---

más que con unos mil hombres, contra ocho a nueve mil que formaban el total de las corporaciones de la Jefatura de Operaciones del Valle.\* Esto explica que Almada se retirase de Méjico, yendo a reunirse al General Gómez, en Perote, con quien juntamente peleó hasta el último momento, en que uno y otro tuvieron que huír por rumbos distintos.

Y esto explica también que muchos otros jefes militares en quienes Serrano confiaba, tanto por estar comprometidos, como por la subordinación que a él le debían, hayan permanecido, como ellos dijeron, fieles al Gobierno.—

---

Doloroso pero forzoso es ver también por todo esto, que Serrano fue el autor de su propio desastre, a causa de su imprudencia e indiscreción infantiles, y por más que don Eugenio aparezca como el

---

(\*) No son exactos estos números que da Villarreal, dice Ramírez Garrido. Ni las corporaciones eran tantas ni los sublevados fueron tan pocos.

chóse a Veracruz, rodeado de varios políticos, y en que trató de llevárselo consigo a la aventura. Estaba yo esa noche en la casa del General Villarreal, con algunos otros amigos suyos que le acompañábamos y que igualmente opinaron que no se fuera con don Adolfo. Pero esto es harina de otro costal. Lo cierto con respecto a Gómez, es que en los días de la campaña electoral antirreeleccionista, cuando los campos se deslindaron claramente, entre Obregón y Calles, confabulados en la reelección; Gómez y Serrano,

---

inmediato causante de la desertión y de la "rajada" colectiva.

Cavó su tumba Serrano al revelar su juego a Calles, porque Calles obraba con doblez al ostentarse antirreeleccionista, cuando estaba identificado con Obregón en la maroma política.

Ha dicho bien, por tanto, el General Calles, al declarar que de los actos de su Gobierno, responde él mismo.

El verdadero victimario de Serrano es Calles.

Por su parte, el Gral. J. D. Ramírez Garrido me ha dado una carta, que a continuación reproduzco, y tanto a él como a otros militares he oído otro comentario respecto de la conducta del Gral. Almada, y es éste: que al sublevarse con las fuerzas de la guarnición, no procuró sacar ni llevar consigo armas, parque o provisiones de guerra ni dinero, lo cual es inexplicable, supuesto que es lo primero y

afiliados al antirreeleccionismo, el General Villarreal, sumado también a la oposición, aunque en su calidad de prófugo y andando a salto de mata, o de escondite en escondite, noblemente llegó a acceder a instancias mías para reconciliarse con el General Gómez y aun pacté una entrevista entre ambos, que se celebraría en la biblioteca de mi casa, entonces en Chiapas 39, a las 8 de la noche de cierto día. Llegó el General Villarreal; no llegó el General Gómez, a quien no

---

fundamental en toda sublevación; lo cual también fue causa de que al siguiente día empezaran a desertar los soldados, por falta de paga.

He aquí la carta:

Coyoacán, agosto 10 de 1939.

Sr. Lic. Francisco J. Santamaría.  
Méjico.

Carísimo Compa Pollo:

Leyendo tu interesantísimo relato de altura, intitulado "La tragedia de Cuernavaca" o "El kilómetro 47", en el capítulo 4º me encontré un párrafo en que expresas tus dudas sobre la conducta de mi buen amigo y compañero Héctor Ignacio Almada, en su actuación en el cuartelazo de octubre de 1927.

Poco después relatas tu conocimiento con el citado General, en pleno destierro ambos, y la oferta que te hizo, en bien de la verdad histórica y de su

me traje de su casa yo mismo desde la tarde, porque tuvo que concurrir a una cita con Serrano, me parece, o a algún otro asunto para él igualmente importante.

Nos despedimos, por fin, de Villarreal. Salimos de su casa, como he dicho, a eso de las dos de la mañana. "Vamos a mi casa", me dijo Rafael. Allá llegamos. Allí estaban de visita Andrés Sala Gurría, Amaranto Martínez de Escobar, hermano de Rafael, y no recuerdo qué otras personas.

---

prestigio, de irte a ver para explicar la parte nebulosa de su conducta, hablando militarmente, cuya visita hasta la fecha estás esperando, a pesar de haber transcurrido meses y años de esa cita.—

Sobre lo anterior, y ya que me dispensaste la satisfacción de leer tu libro inédito, tengo que decirte lo siguiente:

Encontrándome desterrado en Cuba, un día que visitaba al querido e inolvidable periodista Juan Sánchez Azcona, compañero de ostracismo, llegaron a su casa otros desterrados entre ellos el General Almada y charlamos sobre cosas de la Patria, llegando la conversación a un artículo publicado en "El País", diario de la tarde de la Habana, debido a la pluma del periodista italo-cubano Aldo Baroni, sobre el cuartelazo de octubre de 1927.

El artículo estaba escrito con mano maestra, pues que Baroni ha actuado en nuestra Patria como periodista y como militar, conociendo bastante a fondo nuestros problemas y muy bien a nuestros hombres.

Hablamos brevemente. Se resolvió que fuese yo a dormir a la casa de Amaranto, por las calles de Magnolia, o alguna otra de la Colonia Guerrero, para que allí me despertaran temprano y no hubiera el riesgo de que yo me durmiera en la madrugada. Nos despedimos. Marché en mi coche con Amaranto, a su casa, y allá dormí como un bendito.

Y al día siguiente sucedió lo que veremos en el capítulo que empieza después de éste.  
1-20-39.

---

La parte substancial de ese artículo era la actuación nebulosa del General Almada en el cuartelazo llegándose a afirmar en él, que dicho militar había simulado ese movimiento de acuerdo con su jefe, el General Eugenio Martínez y por órdenes expresas de Obregón y Calles, para así justificar la planeada ejecución del General Serrano.

Sánchez Azcona le hizo ver al general Almada la necesidad imperiosa de rectificar esa afirmación que venía a recoger las versiones que en el ambiente flotaban sobre la actitud del Jefe de Estado Mayor de la Jefatura de Operaciones del Valle de Méjico.

El General Almada ofreció a Sánchez Azcona hacer la debida rectificación, extrañándome que a pesar de su temperamento nervioso, no se mostrara indignado por el cargo tremendo que se le hacía. El General Almada publicó después algunas cosas en la Habana, pero jamás hizo la rectificación o aclaración a este cargo tremendo que se le había hecho.

Debes publicar todo esto para que el General Almada se vea obligado a decirnos su verdad.

No estoy conforme con lo dicho por nuestro viejo y queridísimo amigo el General Antonio I. Villarreal que le arrojó toda la responsabilidad del conocimiento de este complot, al General Francisco R. Serrano.

Cuando llegó a esta el General Obregón llamó al General Eugenio Martínez y lo increpó por su conducta poco leal para el Gobierno de Calles y para la persona de Obregón, según me refirió nuestro inolvidable amigo Carlos A. Vidal, y el General Martínez entonces despepitó todo, como vulgarmente se dice.

Esta versión llegó al General Vidal en momentos en que me encontraba yo en su casa, por lo que tuve conocimiento de ello de sus propios labios, y habiéndome suplicado que lo acompañase, fuimos en su coche hasta la esquina de la casa del General Martínez, donde él bajó a hablar como media hora con el citado divisionario, regresando muy satisfecho de su entrevista diciéndome que el General Martínez según le había declarado, había estado a hablar con Obregón, pero que no le había revelado nada del compromiso que tenía con el General Serrano, por lo cual podían estar tranquilos y seguir planeando el cuartelazo que se proyectaba.

Sé por otras fuentes que el General Martínez recibió una fuerte cantidad para su viaje y me han asegurado que esa cantidad fue el pago de su delación; y nos consta a todos que el General Eugenio Martínez era el jefe del cuartelazo que se iba a dar



en la Capital de la República y que sin embargo salió de la metrópoli para cumplir su misión en el extranjero y a pocas horas de la ciudad de Méjico ponía un telegrama ofreciendo su servicio al presidente Calles para sofocar el cuartelazo que su jefe de Estado Mayor había ejecutado.

Creo dejarte complacido, declarando que escribo la presente sólo con fines históricos y sin el deseo de molestar en lo más mínimo a las personas que en ésta cito.

Un abrazo de tu Compa y amigo,

J. D. Ramírez Garrido.

## CAPITULO V

### CAMINO DE CUERNAVACA

Decíamos en el capítulo anterior que dormí como un justo en la casa amable y acogedora de Amaranto Martínez de Escobar. Fue así en efecto, sin perjuicio de que charláramos él y yo todavía breves instantes, echando un cigarrillo entre tópico y tópico del palique ya casi mañanero. No parecía la cosa tan suave y tan hecha como Rafael la veía. Ni a Amaranto, ni a mí mismo, poco expertos tal vez en mundologías, nos pasaba lo de que la cosa fuera perita en dulce, que todo el Ejército respondiera como un solo hombre al llamado del serranismo (voz de Vidal), ni mucho menos que el Manco se fuera a quedar solo y a dejarse arrebatarse la torta así como así. Aparte de que comentamos en buen romance lo que era para nosotros los gomiztas bien sabido y yo referí en ese momento: que

a Serrano se lo estaban tanteando como a un niño, para echarlo a la rebelión armada y llevarlo con visos de plena justificación al paredón de los cinco tiros de ordenanza.

A buena madrugada y como buen ranche-ro que nunca se duerme, así haya pasado lo más de la noche en vela, estuve en pie, listo para emprender el viaje. Horas de las que allá en el rancho lejano en que discurrió mi niñez feliz, fueron de tumultuoso regocijo, volcáronse sobre mi alma, al despertar en aquella madrugada, que no olvidaré jamás, porque ya agitaba mi sensorio esa especie de instinto que a las horas de refugio solitario en la inconciencia, nos avisa allá dentro las tragedias del espíritu o la proximidad de las catástrofes; lo de afuera y lo de adentro; lo que se cierne en torno nuestro, eso que no se ve ni se siente, pero se adivina y se presiente, eso que decimos que se masca en la atmósfera, aunque no sepamos a ciencia cierta en qué consiste. Y lo de adentro; lo que insufla el espíritu y se convierte en ánimo, en entusiasmo y en arrojo; o que por el contrario, nos encoge el corazón, nos deprime y nos aplana, apoderándose de nuestras potencias y transformándonos en pobres manequés de la fatalidad, del sino, de eso

que no podemos evitar y que se cumple por virtud de leyes inexorables y raramente incógnitas e incomprensibles.

Resueltamente me dispuse a partir, como lo había prometido, con mis predestinados compañeros que por última vez saldrían de Méjico y que en condiciones tan distintas a las mías emprendían la temeraria y descabellada aventura. Yo llegué a creer también que quedarme en la ciudad era ya una cobardía, y como en ocasión anterior, en la rebelión obregonista, resolví jugar mi carta como los mejicanos entendemos que debe jugarse en estas ocasiones: en donde son los “cocolazos”. Si no lo fuera, habría tal vez asidero para hacerlo creer así, y ante el dilema, que mucho ocupó mi pensamiento en esa noche, me resolví por la partida, con los riesgos morales que podían significar ante el concepto del jefe y amigo a quien ya no podía yo dar cuenta lealmente de mi conducta contraria a sus instrucciones. Pero... la carta estaba echada y no había más que salir como lo había prometido. Y salí con el propio Amaranto, que en mi mismo coche, me acompañó nuevamente hasta la casa de su hermano Rafael, a quien hallamos ya en pie. Me adelanté hasta mi casa, para volver en se-

guida por Rafael, para irnos a reunir con los Peralta.

La escena en mi pobre hogar fue rápida. Hallé a mi heroica compañera, a mi Mercedes, hoy muerta, en pie, esperándome. No había dormido en toda la noche, pero no daba señas de desvelo ni mucho menos de aflicción. Era mujer de una entereza asombrosa. La fatigaba el peligro que yo corriera; pero cuando el peligro había que ser afrontado, por tener que responder a una situación aceptada, ella era la primera en aconsejarme el afrontarlo con resolución y a toda costa. Ella misma, en esta vez, no podía comprender qué probabilidades de éxito mediasen en la aventura; pero veía muy bien, con su clara comprensión visionaria, que sí corría yo gran peligro marchándome a lo desconocido.

Subí las escaleras con Ella, entré en nuestra alcoba y me tendí atravesado en el lecho, diciéndole: déjame echarme la última estirada en mi cama. Poco hablamos. ¿Qué vas a hacer?, me preguntó. ¿Adónde te vas? ¿Con quiénes estarás? ¿Por qué mejor no te escondes aquí? ¿Qué vas a hacer allá entre gentes desconocidas para ti? —Voyme, le contesté, al Estado de Guerrero, con Peralta y Escobar. Por ahora a Cuernavaca. Alista-

mé una muda de ropa interior en mi velís de mano y que se lo lleve Marianito Ortiz (1) por tren a Cuernavaca. Allí estaremos en el hotel Moctezuma. Nosotros nos iremos en coche como de paseo. Dicho esto me despedí de Ella, y me pareció que para siempre, como debió haberlo sido, si el destino no marca otro rumbo a la contingencia de mi vida. Fuí por Rafael y nos reunimos a los Peralta, en cuya casa nos desayunamos, charlando ellos con franco optimismo acerca de la situación. Listos ya, tomamos todos mi coche, manejado por mi sobrino José L. Jiménez Pérez, para encontrar en la plaza del Ajusco al amigo de los Peralta, con el coche listo, en el cual emprenderíamos el viaje a Cuernavaca.

Aquí un incidente conmovedor, que me permitiré narrar, por la ternura paternal que encierra. Cuando íbamos ya cerca de la plaza que era punto de reunión, Rafael Escobar, sentado a la derecha con Miguel Angel y yo,

---

(1) Ya veremos más adelante cómo escapó también de ser muerto Mariano Ortiz Lastra, que por fiel compañero mío, fue aprehendido en el hotel Moctezuma y tenido en prisión por muchos días. Mariano fue mi inseparable. Marchó en seguida a Cuernavaca, porque estaba listo ya en mi casa, a la hora en que salí de ésta.

en el asiento trasero del coche, sacó de la bolsa interior de su saco una cartera y de ésta un sobre del que extrajo a medias unas fotografías que miró fijamente, y al besarlas una por una, dijo: “vamos a mi casa un momento, si me hacen favor, antes de marcharnos”. Viva emoción inundaba su rostro y en sus pupilas temblaban dos lágrimas propicias a caer. Respetando su trance espiritual, que no entendíamos claramente a qué se debía, ninguno de nosotros habló. A la puerta de su casa, en la Avenida Oajaca, número 54, Rafael saltó del coche al detenerse apenas. Brevísimos minutos después volvía, con la faz inundada de alegría, con esa faz sonriente que su cadáver conservó, como un gesto de dulzura con que la bondad de su alma, su bondad congénita, correspondía a la ferocidad cavernaria de los chacales que se encendieron en monstruosidad ante su gran corazón. Hay indudablemente seres pervertidos a quienes la bondad lastima y la virtud escuece. Nada para esos lombrosioides más irritante que el propio valer ajeno. En donde hay una blancura, que ellos no pueden ostentar, allí están ellos para mancillar esa blancura. “¡Odio que la oscura escama profesa a la pluma espléndida!” Rafael Martí-

nez de Escobar, muerto, con la sonrisa natural del mártir, dibujada en el rostro, debe seguir lastimando la conciencia de sus asesinos, aunque esa conciencia sea de duro pedernal de flecha azteca.

Con esa sonrisa abordó el coche, al salir por última vez vivo de su hogar. Nos palmeó las espaldas alegremente y exclamó: "ahora sí, vámonos". Sacó nuevamente las fotografías y agregó: "¡figúrense ustedes que se me quedaba mi Farito (Rafaelito, su hijo mayor!) ¿Cómo me iba yo sin él? Ahora sí los llevo aquí a todos. Ya voy tranquilo... ¡a lo que vaya! ¡Vayámonos!"

Llegamos a la plaza del Ajusco y el amigo puntual de los Peralta brillaba por su ausencia. Esperamos una hora, hasta las seis de la mañana. Como no llegara, por indicación de Miguel Angel nos dirigimos a las calles de Chiapas a buscarlo. Aun recuerdo que pasé por mi casa (el 39) y volví a verla con empeño. Hallamos muy quitado de la pena, durmiendo a pierna suelta, al amigo de mis amigos. Era el licenciado don Arturo Monterde. Persona muy estimable que murió hace unos cuatro años, en un accidente caballista, arrastrado por su propio corcel en Chapultepec, descabalgado y colgando de un pie



trabado al estribo. Expresó Monterde que otro amigo, suyo propiamente, o amigo también de Peralta, era quien había ofrecido ir por él a su casa y con su coche que prestaría para estar a las cinco en la plaza mencionada. Ante el fracaso definitivo de tener tal coche, les dije: "Yo tengo amigos míos, choferes de absoluta confianza, hombres y caballeros a carta cabal, viejos componentes de una honorabilísima agrupación, la Sociedad Mutualista de Choferes y Mecánicos, de la cual soy miembro honorario hace algunos años. Si quieren, vamos a ver a alguno de ellos, ya que en los coches de ninguno de nosotros conviene que vayamos." Aceptado de plano mi ofrecimiento, partimos hacia las calles de Pedro Ascensio, en el número 32 de las cuales habitaba y habita todavía hoy uno de mis más leales y sinceros amigos entre esos choferes viejos, que no sabían de la "juanita" ni de la "coca" y de quienes he tenido en más de una ocasión las mayores pruebas de verdadera amistad. Se trata de Antonio Castro, que hasta hoy tiene algunos coches de alquiler, aunque ha venido a menos, porque ni se sindicaliza, ni es líder, ni hace huelgas. Llegamos en el momento que salía Antonio en un carro grande, de siete asientos, de los que

eran todavía muy usados en aquel tiempo y que hoy ya poco se ven. Hablé a Antonio, tratándole de un viaje a Cuernavaca, a dejarnos simplemente allí, volviéndose en seguida. A punto estubo de no podernos servir, por no haberlo encontrado, si llegamos minutos después, y porque salía precisamente a un viaje con una familia con quien había comprometido el coche. Pero ante mi insistencia y comprendiendo que teníamos necesidad de salir de aquí, Antonio accedió en el acto y sin réplica a llevarnos. Allí mismo abordamos su coche y despedí el mío, con Pepito Jiménez, mi sobrino mencionado, a quien dí instrucciones de no llevarlo a mi casa.

Todavía fuimos por otra persona, me parece que a una de las calles de la Colonia Guerrero; fuimos por una mujer, una señora o señorita, no sé si amiga de Monterde o de los Peralta, a quien opinaron que era conveniente llevar en nuestra compañía en el coche, para simular con más visos de verosimilitud un paseo, en caso de algún percance policíaco en el camino. No recuerdo el nombre de ella, o no lo supe tal vez, pero ella misma deberá recordar estas cosas.

Por fin, a las siete de la mañana nos echamos a camino hacia Cuernavaca, en ese domingo dos de octubre de 1927. Hacia el camino que por última vez recorrerían vivos mis compañeros y por el cual, treinta y seis horas después, volverían cadáveres, cadáveres mancillados por la barbarie, ultrajados por una soldadesca desalmada y maldita, soldadesca menos justificada en sus actos mientras más altos fuesen los grados que tuviesen en la milicia.

Allá íbamos los cuatro conspiradores, dizque a la rebelión armada; y el señor licenciado Monterde y aquella dama, que solamente nos dejarían en Cuernavaca, volviéndose ellos en seguida a Méjico, con el propio chofer Antonio Castro, que nos llevaba.

“Alegre y fresca la mañanita”, como dijera Darío. ¡Qué de comentarios y de juicios certeros y de sentencias salomónicas para corregir maldades, perfeccionar deformidades y enderezar entuertos políticos! Y todo para hacerse en un soplo, como el de hacer botellas. Lo de esta noche en Méjico es matemático, don Eugenio (Martínez) es un viejo que sabe hacer las cosas, y es como si fuera el padre de Serrano. Ni necesidad de sacrificar gente habrá. Con los tres pollos gordos,

Obregón, Calles y Amaro, que pelen gallo, nada quedará por hacer, ni bicho que se mueva, ni diablo que se ponga de fierro malo... y ¡todos a la cargada! Tal vez mañana mismo estemos de vuelta en Méjico, y no tengamos ni qué pasar de Cuernavaca. El Directorio Militar ya está acordado por los altos jefes del movimiento; pero tal vez sea mejor la idea de un Presidente Provisional, sobre todo si es joven, enérgico, bien dispuesto para obrar con rectitud en las elecciones. Así estaremos garantizados ampliamente los gomistas. Y ese hombre es Carlos Vidal. ¿Qué te parecería Carlos Vidal de Presidente?...

Así hablaban mis compañeros de automóvil y de aventura, y yo callaba. Pero a medida que los oía, iba yo advirtiendo que estaban más enterados de la cuenta de todos los pormenores y recovecos de la política serranista. Todo sabían; todo comentaban; de todo juzgaban como de cosa familiar que se está manejando cotidianamente y con personas de común filiación. Sin chistar palabra, hubiera seguido yo sumido en una serie de reflexiones que eran ya inútiles, por tardías, pero que de todos modos me preocupaban a esa hora. Habría callado sin duda hasta llegar a Cuernavaca y hablar a solas con Rafa-

el, que era quien en el grupo tenía conmigo la mayor confianza y quien hablaba “a caizón quitado” más francamente conmigo. Pero la interpelación a quemar ropa, el tiro a boca de jarro que me disparó Miguel Angel, que era quien llevaba la palabra, me obligó a contestar en el acto.

—“Hombre, pues a mí me agradecería que Carlos fuese el Presidente. Es muy capaz y es muy digno; tiene facultades y don de mando. Además es mi amigo. ¿Qué más puede pedírsele? En donde ha sido Presidente un atrabancado maestro de escuela pueblerina, como quien dice un Maestro Ciruelo, y hasta ha llegado a hacerse acreedor al verso popular que le dedican y que dice:

“Yo no admiro de Calles los pellejos,  
Ni admiro su poder adquisitivo;  
Yo admiro su poder defecativo  
Sobre veinte millones de... conejos.

En donde así se he impuesto un hombre, por su solo carácter o por sus solos calzones, ¿por qué no ha de ser un buen Presidente un intelectual, que tiene también carácter, y además hasta criterio literario?”

Repuse así y lo dije de buen grado, sinceramente. Pero el hecho de verme obligado a responder con respeto a un asunto tan insólito y que tan extraño parecía en ese momento histórico, volvió a sumirse en cavilaciones y confusiones mentales. ¿Adónde iba yo? ¿Qué era esto? ¿Estábamos ya plegados a una situación que se tenía por consumada? Y en esa situación, ¿estábamos autorizados para aceptar los hechos con plena voluntad o para participar en sus responsabilidades como solidarios o coautores? Desconcertado por lo menos ante aquella maraña de novedades ignoradas por mí, llegamos por fin a la risueña Cuernavaca, a eso de las diez de la mañana.

Al entrar en Cuernavaca, nos detuvimos en una tienda que queda en esquina a la derecha de la plazuela en que está la fuente y en que estaba la estatua que en los días de 1935 fue derribada y arrastrada no se sabe por quiénes, aunque se supone que por fanáticos garridistas. En esa tienda entró Miguel Angel Peralta, y salió en seguida. Anoto el hecho, porque adelante veremos cómo a esa misma casa fui a dar por el acaso, al escaparme y qué cosas interesantes suce-

dieron allí y quién la habitaba, que era nada menos que un político, líder serranista.

¡Al hotel Moctezuma!, dijo Peralta, al incorporarse al coche, y allá fuimos a dar término a este viaje. Y empiezan las peripecias de Cuernavaca, como veremos en el capítulo que sigue.

## CAPITULO VI

### EL DIA DOS EN CUERNAVACA

Juego de niños y algazara de mozalbetes.—  
Los doscientos dragones de Ariza.—El Presidente Provisional.—Haciendo gobierno y adjudicando carteras.—Ante la incertidumbre, quise que Escobar y yo nos volviéramos a Méjico.

—Por la carretera empedrada de Cuernavaca y ya cerca de esta ciudad, avistamos un coche que en una de las posadas del camino, cosa así como estación de gasolina, se detenía y desde él nos saludaban caras conocidas. Era una de ellas la del Dr. Federico Martínez de Escobar, hermano de Rafael. Otro de sus acompañantes era quien veremos al día siguiente cómo andaba también husmeando el callejón de la muerte, con el mismo doctor, cuando se dirigían a la boca del lobo adonde



nosotros fuimos a meternos. Pasamos de largo junto al coche aquel de gentes amigas y hasta familiares, aparentando sernos apenas conocidas. ¡Estábamos ya jugando a los soldaditos, con táctica de Bismarck y estrategia auténtica de Bonaparte!

Nueva reflexión mía, antes de arribar a la ciudad trágica. ¡Aquí hay gato encerrado! Todo el mundo sabe, entre correligionarios de uno y otro bando antirreeleccionistas, que hacia acá hemos venido los pintos y los colorados. ¡Qué curiosa afluencia de resueltos y de patriotas vamos valientemente acumulándonos en esta ratonera, donde para otros, —y siempre pensando en Juan Domínguez, compadre de Serrano— habrá garantías; y estas garantías han de consistir precisa y necesariamente en que Domínguez apoye el movimiento de rebelión o nos proteja por lo menos las espaldas, que quiere decir la huída.

Con mis reflexiones y mis cavilaciones, aquí encajado en pleno serranismo, como por obra de birlibirloque, llegamos al hotel Motezuma. Entrando apenas por el zaguán ancho, mientras Rafael se adelantó a la Administración del establecimiento a tratar el hospedaje, el Gral. Miguel Angel Peralta se

apartó al fondo de la entrada con un caballero de pelo entrecano, de menos que mediana estatura, de complexión robusta, con aire agradable y risueño de campirano franco. El caballero allí esperaba a Peralta; le saludó a la buena llegada y él mismo le tiró del brazo para que hablaran a solas. Peralta me llamó en seguida, hasta reunirme a ellos, haciéndome en el acto el honor de presentarme con su interlocutor. Era el señor General Carlos Ariza. Quien muy cortésmente se adelantó a informarnos: "Está todo muy bien preparado. Tengo listos en las goteras de Cuernavaca doscientos dragones, que esperan solamente aviso para marchar con nosotros en camino rápido a Guerrero, por Jojutla, en donde se nos unirá mucha gente que es nuestra. No hay que desconfiar de esto. Todo está muy bien. Saldremos a las tres de la tarde, hoy mismo."

"Gracias, mil gracias, general", me concreté a decirle, despidiéndome. No volví a ver al general Araiza sino hasta el tercero día, martes cuatro, en fotografía de su cadáver, en plana macabra de "Excélsior". Ignoro dónde y a qué hora lo aprehendieron, porque él no estaba con los demás de nos-

otros a la hora en que fuimos aprehendidos con el General Serrano.

Nos alojamos en la parte alta, en tres cuartos contiguos del ala que hace esquina, a la derecha del hotel: en el primero de estos cuartos, que daba al frente del edificio, se instalaron los hermanos Peralta; se entraba a él por una pieza que servía de comedor, con una gran mesa redonda en medio y me parece que una especie de canapés en las esquinas. Rafael ocupó el cuarto contiguo y yo, con Mariano Ortiz Lastra, el siguiente, hacia el fondo. Todos con entrada por los corredores.

Media hora después hube de advertir que hervía la gente en el hotel, de una manera inusitada. Numerosos jóvenes estudiantes de las aulas universitarias de Méjico, o camaradas y amigos de éstos, hicieron irrupción en los corredores altos y formaban corrillos bulangueros alrededor de los Peralta y Martínez de Escobar, que a todos atendían con diligencia comedida. Sólo yo seguía haciendo el primo entre aquella balumba, que más parecía feria, que otra cosa. Abundaban entre estos jóvenes los tabasqueños: Juan Morales Torres, Andrés y Amado Padrero, Ulises González, Gonzalo Martínez de Escobar, Adel-

fo Aguirre, etc. Había más de cuarenta pasajeros, sin duda, en el hotel; pasajeros cuya presencia era insólita y cuya permanencia constante en el establecimiento nada explicaba, pues el turista, viajero o viandante que por paseo iba a Cuernavaca, se dirigía a los alrededores, o a visitar los sitios importantes, pero nunca a acostarse al catre desagradable de un hotel. Hay también que tener en cuenta que entonces no había la flamante carretera, que debemos, en primer lugar a Mr. Morrow y luego al Gral. Calles, que tanto se preocupó por agasajar al Ministro norteamericano y que por imitarlo hasta hizo construir su mansión de Las Palmas. ¡No en vano, pues, oíamos decir en el destierro, allá mismo en los Estados Unidos, por los años del 28 al 30, que ya el Estado de Morelos no se llamaba así, sino el Estado de "Morro-welos".

Regocijadamente instalados allí, como si en realidad estuviésemos de paseo o en "gira" turística de placer, nos agrupamos e hicimos la reunión en el ángulo espacioso de los corredores los cuatro expedicionarios. En torno nuestro la garrida muchachería alborotaba con risas y comentarios de sana y jocunda juventud. El optimismo de una aven-

tura llena de colorido, de arrestos bélicos de opereta, con aspecto de paseo triunfal hasta esos momentos, iluminaba los rostros de todos ellos.

Cosa de media hora después de estar en aquella reunión, recibimos atento saludo del General Vidal, que me dijeron alojado con el General Serrano en el hotel Bellavista, ubicado a lo largo de la misma calle en que está el hotel Moctezuma, y hacia la esquina frente a la plaza principal de la ciudad. A unas dos cuadras de distancia de nuestro hotel; si mal no recuerdo. El enviado de Vidal llegó directamente a ver a Miguel Angel Peralta y con éste habló aparte, breves momentos. Rafael se levantó y acercándose a ellos, participó de lo que hablaron y dijeron. Peralta me transmitió el saludo de Vidal y el ofrecimiento de éste, de que iría en seguida a visitarnos.

¡Qué alegría y qué contento en todas las caras! ¡Todos eran triunfadores! Entraba y salía gente, gente de la nuestra, se entiende. Y llamo nuestra a toda la que estaba contagiada de aquel bullicio y participaba, opinando o discutiendo, en aquel juego de niños. Parecía que estábamos pisando terreno ente-

ramente propicio, con la confianza de que allí estábamos en absoluto exentos de peligro y de que teníamos tal suma de garantías que ningún enemigo podía atreverse a investigar siquiera aquel "mitote". A mí, no obstante, me preocupaba mucho aquella situación tan rara, y preguntaba a cada instante: ¿pero qué no irán a darse cuenta las autoridades de este lugar, todas inevitablemente callistas, de esta afluencia y aglomeración inconsulta de gentes entre las cuales se está advirtiendo un común entendimiento? —No, hombre, se me contestaba; no seas "chambón"; Ambrosio Puente aquí tiene que hacerse el sueco; aquí manda Juan Domínguez, y Juan Domínguez es compadre de Serrano; aquí mandamos los serranistas. —¡Ah, bueno! Yo abría tamaña boca, y seguía "de chambón", pensando en que todo aquello era raro y, sobre todo, en que parecía más raro ver que mis gentes, los míos, estaban apersonados de modo tan formal en aquella jugarreta y disponían y acordaban con tanta autoridad, que para mí, hecho tarumba, la cosa asumía caracteres misteriosos.

A aquello del mediodía, mientras el grueso de la muchachería bullanguera andaba por las calles, sin duda en expedición de ojeo y

observación, nosotros (los cuatro que juntos fuimos) hacíamos *petit comité* para deliberar más concienzudamente acerca de la nueva situación, en que al siguiente día tres nos encontraríamos, frente a un problema tan serio como el de organizar el nuevo gobierno, seleccionar partidarios entre los que fueron a Cuernavaca y los que no fueron. Y ya asomaba aquel viejo y agudo modo de ver las cosas que el General Obregón hizo célebre, cuando dijo de los constitucionalistas que se fueron de Méjico con Carranza a Veracruz, "que se habían ido tras de las cajas de la Tesorería". Algo así se iba a decir de muchos de los que hubieran o hubiéramos estado en Cuernavaca. Naturalmente que en estas deliberaciones yo era un verdadero intruso, un extraño, y por lo mismo ni opinaba ni movía los labios, concretándome a observar con extrañeza toda aquella faramalla.

Por fin, Peralta planteó los más interesantes puntos para nosotros, en los términos siguientes, más o menos: —Vidal será un buen Presidente Provisional; ideal, ¿verdad? —Ideal. —Nosotros tendremos que aceptar las carteras que se nos asignen, para tomar posiciones dentro del serranismo gobiernista, en favor y para garantía de nuestro candi-

dato. Por supuesto, repuso Rafael; eso es político y sobre todo punto necesario para nuestra seguridad como partido contendiente en la elección presidencial.—¿Tú aceptarías sin duda Educación Pública...”? Dijo, dirigiéndose a mí.

¿Era esto serio y cuerdo? ¿Estábamos pisando este planeta, o estábamos en la luna?

Suspendimos la sesión por la llegada de nuevos grupos de gente de armas tomar, que se movía como con aire victorioso. En algún momento llegó mi suspicacia a imaginar alguna mirada de desconfianza. Todo me hizo comprender por fin, que allí estábamos ya complicados más bien en una rebambaramba politiquera, que en una empresa revolucionaria o de acción armada; y comprendí también que no saldríamos de allí, que no habría tal viaje a Guerrero, que tal vez ni lo había habido, y que estábamos definitivamente enrolados dentro de una situación del todo ajena a nosotros, aunque fantástica e ilusoria. Aquello me pareció claramente anormal y fuera de ponderación y sensatez. No pude resistirme a rehusar una situación de tal manera ambigua, resbaladiza e inconsistente y opté por hablar a solas con Rafael, en mi cuarto. Le hice comprender todo esto, que él



pareció aceptar de buen grado y aprobar de plano. Insistí en que estábamos malamente allí, no tanto por el peligro material, sino por el de la ética política, que iba a ponernos al día siguiente en circunstancias embarazosas por demás. ¿Íbamos a aparecer uncidos al carro del triunfador, en el séquito del serranismo, marchando a Méjico? ¿Cómo explicaríamos nuestra presencia allí, en vez de estar en donde Gómez nos ordenó que estuviésemos?

Decididamente resolvimos Rafael y yo volvernos a Méjico nuevamente, si a las tres de la tarde no salíamos para donde habíamos dicho que íbamos, para Guerrero.

Comimos. Intranquilo por la desconfianza y el desagrado, nerviosamente esperaba yo las tres de la tarde. Minutos antes de esta hora, un enviado del General Vidal llegó a decirnos de parte de éste, que deseaba hablar con nosotros, que vendría a vernos, pero que lo esperaríamos un rato, porque en ese momento estaba tratando asuntos muy delicados, en conferencia secreta. Nos aseguró el enviado, que el General Serrano y el General Vidal estaban encerrados en su cuarto, en el hotel Bellavista, conferenciando personalmente con el General Juan Domínguez, el

compadre de Serrano, Jefe de Operaciones en el Estado y que acababa de llegar allí expresamente a eso.

Rafael me hizo ver la conveniencia de esperar a Vidal y hablar con él. Pasáronse así las horas; entraría pronto la noche, y el General Vidal no llegaba. Crecía por instantes mi malestar, y cuando ya después de las seis de la tarde no llegó, consideré que irremediablemente estaba yo condenado a permanecer en Cuernavaca. Pensé que saliendo de allí a esa hora, ya no podría entrar en México, en donde el movimiento iba a hacerse a las ocho de la noche, hora del festival en Balbuena.

Entonces llamé nuevamente a Rafael, para decirle: "ya estamos aquí definitiva y fatalmente metidos en esta trampa lobera. A ver cómo salimos de ella!" No te impacientes, me repuso con brío. Como quiera que sea, aquí contamos con Juan Domínguez. Ya ves que allí está con Serrano y con Vidal.

Ariza, el General Ariza no había aparecido por allí; nadie podía darme razón de él; tan sólo se decía que hasta el día siguiente saldríamos con él.

Mientras tanto, no había más que esperar a Vidal, que traería la clave del problema, la

resolución del rompecabezas endiablado que a mí me confundía...!

Y entró la noche... Y veremos en el capítulo siguiente a qué hora llegó el General Vidal a visitarnos. Y qué trajo. Y qué hablamos con él en esa noche trágica. Y cómo y por qué los serranistas contaban con el General Juan Domínguez, compadre de Serrano.

## CAPITULO VII

### LA NOCHE TRAGICA EN CUERNAVACA

**Asuma la cara el fantasma de la duda—  
Prende el temor.—La desconfianza impe-  
ra.—Villarreal aparece y desaparece al oler  
la verdadera situación.—¿Juan Domínguez  
traicionó?**

Ansia y desasosiego, desde que iban cayendo, cautelosas y recatadas, las sombras de la tarde, de aquel día dos de octubre en Cuernavaca. Clavado en mi taburete morelense, de típico asiento de piel de puerco, constituido en observatorio, mirando pasar las horas con lentitud de camellos beduínos, como si el tiempo ya se fuera haciendo remolón para descorrer el telón del escenario en que habrían de desarrollarse veinticuatro o treinta horas después los acontecimientos más terroríficos para la espectación de toda

la República; en una sucesión rápida, desconcertante y frenética de gestos macabros, de inexplicables concupiscencias adormecidas y de bajezas tan reñidas con la hidalguía, con la hombría, con la condición varonil, como no se hubiera creído sino en película de manicomio.

Dos factores imaginé que actuaban, a cada momento con mayor intensidad, sobre el ánimo colectivo, en primer término sobre los dirigentes que, mejor enterados, sopesaban los efectos inmediatos de cada fase de la situación, en la marcha de los sucesos y, por lo mismo, iban dando el pulso, que la común curiosidad de los demás conjurados tomaba por simple contagio, como sucede siempre en estos fenómenos de convulsión colectiva entre las multitudes. Era uno de esos factores la proximidad a cada instante más inminente, de los acontecimientos en Méjico, a espaldas de nosotros pero muy de cerca. Lo de Méjico era como un volcán cuya erupción podía hundirnos la tierra que pisábamos; pero que de no ser así y aun cuando la sacudida fuera para nosotros propicia, nos haría trepidar de todos modos. Otro factor de incertidumbre era la tardanza de Vidal en llegar a visitarnos. Visitarnos, quería decir informarnos.

Informarnos, quería decir si se contaba con el General Juan Domínguez, Jefe de Operaciones del Estado, representante, por lo mismo, de la única fuerza capacitada para una acción protectora. Contar con Juan Domínguez, quería decir, en resolución, tener garantizada la existencia contra un peligro de orden máximo.

Esta incertidumbre, estas dudas, estos temores eran otra sombra que en las ya muy propincuas del anochecer, caía sobre el tablado que minuto a minuto iba transformándose en foro de tragedia, por mucho que a intervalos surgieran impulsos ficticios de animación, que hacían relampaguear la chispa del buen humor, o de la fantasía y el optimismo.

Y como toda acción constante, el ejercicio continuo de una actividad distiende el músculo en la misma forma que apaga la fuerza del espíritu; por tedio o por aburrimiento, la intensidad de la animada gresca disminuía visiblemente. Sosiego, calma, o reticencia de hablar. Casi todos callábamos, identificados en la causa y esperando, cada uno dentro de sí mismo, semejantes efectos, o imaginando sensaciones y noticias convergentes en la resolución, que era el enigma.

Así cayó la noche sobre nosotros. Última noche que subjetivamente nos constituía en capilla, por nuestras angustias y nuestras incertidumbres.

Como el General Vidal retardase su llegada, y esto intranquilizaba más o todos, resolvieron los Peralta a eso de las ocho ir a verlo a él y a Serrano mismo, en el hotel Bellavista, en donde ambos estaban alojados. Y allá nos fuimos los cuatro. Llegamos juntos hasta el portal de este hotel. Gentes con aspecto de verdaderos transéuntes ocupaban unos cuantos de los sillones del portal o corredor; indiferentes a todo y a todos. Los que estaban allí, Serrano y socios, con carácter distinto del de simples transéuntes o turistas, sí estaban con tal discreción, que ni siquiera pude reconocer algún político. Subió solo Miguel Angel Peralta, hasta el cuarto que Serrano ocupaba. Martínez de Escobar y yo, mientras tanto, nos enfrascamos en un partido de billar, en el que, un tanto o un mucho nerviosos, jugábamos sin jugar a las derechas, esperando con impaciencia la vuelta de Peralta. Cosa de una hora tardó éste, y en llegando a nosotros, dimos por terminada la partida empeñada y nos salimos todos. Detrás de nosotros varios de los muchachos

de la comparsa estudiantil. En marcha a nuestro hotel, Miguel Angel refirió que había hablado solamente con Vidal, porque Serrano estaba encerrado en conferencia secreta con un General, creo que apellidado Manrique, y que era el Jefe de la Plaza en esos momentos, o formaba parte de la guarnición de la misma; pero que éste era hombre de todas las confianzas del General Domínguez y, por lo mismo, seguramente estaría tratando a nombre de éste con el General Serrano. De todos modos dio Peralta a entender que allí se estaba decidiendo la suerte del movimiento, en esos instantes y en esa conferencia, supuesto que con Méjico y los poderes federales en las manos, la garantía del caudillo por parte del General Juan Domínguez, significaba la coronación de un plan político de éxito completo. Vidal había ofrecido ir a informarnos, en terminando esa conferencia.

Nada de aquello, es claro, nos satisfizo ni era tranquilizador en términos explícitos. Vueltos a nuestro hotel consabido, y apenas llegando a él, otra noticia, un tanto desconcertante o de mal agüero, nos encontramos. El General Villarreal había llegado de incógnito a Cuernavaca; pero se había vuelto



o se volvería violentamente a Méjico. ¿Qué había pasado, que así procedía nuestro grande amigo? Item más: que pasó a vernos al hotel Moctezuma, o nos mandó decir que nos saliéramos inmediatamente de la ciudad; que no nos esperaba, porque consideraba peligroso permanecer cualquier tiempo más allí.

Días más tarde supe, por el mismo General Villarreal, que en efecto llegó a Cuernavaca a la entrada de la noche; pero que por un amigo suyo, ferrocarrilero y telegrafista, el Coronel Praxedis Caballero, pudo enterarse de las órdenes que Calles transmitía a Ambrosio Puente, Gobernador del Estado, en el sentido de aprehender a Serrano y socios, que allí se encontraran; supo también que el General Juan Domínguez no reconocía el movimiento ni se adhería a éste. En consecuencia, y procediendo con buena lógica, no calentó lugar por más de cuatro horas en Cuernavaca, ni hizo acto de presencia en sitios peligrosos, y con su acostumbrada habilidad para escapar de las trampas loberas, dio media vuelta y retornó a Méjico. (1)

---

(1) He aquí cómo me relata hoy mismo (dos de febrero de 1939) los hechos el señor General Villarreal.

De mala gana, y ya después de las diez, nos agrupamos en torno de la mesa redonda del comedorcillo o pieza que hacía las veces de éste a la entrada del cuarto de los Peralta. Nos sentamos, estos mismos, Escobar, un licenciado, me parece que apellidado Manrique (a quien allí conocí y saludé por única vez) y el que aquí escribe. Nuestro nuevo acompañante, que ignoro a ciencia cierta, por no recordarlo bien, de dónde procedía; serranista al parecer bien enterado de las cosas en el medio político del lugar,

---

Llegó a Cuernavaca la tarde del domingo dos de octubre, casi al entrar la noche. Lo acompañaban el General Benito Ramírez, el Coronel Daniel Fort, sonorense, el señor Velázquez López, que fue Oficial Mayor de Hacienda en el gobierno de de la Huerta, un militar del Estado Mayor de Obregón y el chofer.

Fueron directamente, primero, hasta el rancho de Serrano, "La Chicharra", que estaba adelante de Cuernavaca, y allí les informaron que Serrano y socios estaban en la ciudad. Vueltos a ésta, apostaron el coche a pocas cuerdas del hotel Bellavista, en que se alojaba Serrano. Se quedó él en el coche, y los demás salieron a recoger noticias y a informarse de la situación.

A los primeros informes el mismo Serrano había ofrecido que iría a verlo al coche y a hablar con él. Pero, en seguida, el panorama cambió to-

habló con recatada ponderación durante la cena, y sus palabras daban a entender que él no tenía confianza en los personajes militares que guarnecían el Estado, es decir, que no creía seguro que secundaran ningún movimiento contra el gobierno.

Por fin, como a las once y media de la noche, repentinamente se presentó frente a nosotros, en la puerta del comedor, el General Carlos Vidal. Vestía elegante traje gris, sombrero tejano, y portaba airoso fue-

---

talmente. Serrano mismo informaba a los acompañantes de Villarreal que había ido a Cuautla personalmente un amigo suyo (de Serrano), el señor Larrea, dueño del hotel Bellavista, a ver al General Domínguez, que allá se había ido, a título de asistir a una celebración zapatista. Que Larrea había vuelto, con noticias que eran éstas: Domínguez decía que él nunca había traicionado a ningún gobierno; que no lo comprometieran, su compadre Serrano y socios, con su permanencia en Cuernavaca, y que mejor se salieran de allí o se dispersaran. Vidal llegó hasta el coche a conversar con Villarreal, y cuando éste le dijo: "parece que esto va bien, porque veo que numerosas tropas están concentrándose aquí, seguramente para avanzar todas a Méjico mañana", Vidal, con gesto igual al que en seguida se verá que tuvo con Peralta, le contestó: "Así debía ser; pero las cosas están de otro modo."

tecillo en la mano, con el que golpeaba la pierna derecha del pantalón, sonriendo con poca naturalidad y sin la desenvoltura con que temperamentalmente lo hacía de ordinario. Desde que alcé la cara a verlo, a mi derecha, hice esta observación en su semblante.

Exclamación de júbilo en toda la concurrencia al responder su saludo de: "¡jóvenes, buenas noches!" Llenaban la estancia, no muy amplia, los acompañantes nuestros. A mis espaldas, echado en un sillón o un

---

Llegó también a ver a Villarreal el coronel Praxedis Caballero, serranista, que fue antes telegrafista ferrocarrilero, y éste le refirió, como a las once de la noche, que acababa de oír en la oficina telegráfica una conferencia de Calles con Puente, en que aquél ordenaba a éste hacerse cargo de la Jefatura de la Plaza, en Cuernavaca, y que procediera a aprehender a Serrano y los que le acompañaban.

Ante aquella perspectiva de franca inseguridad, Villarreal y sus compañeros se volvieron a Méjico inmediatamente, ya con el grave peligro de no poder salir de la ciudad o de ser detenidos en el camino, principalmente en la estación Parrés, en donde había guarnición militar y en donde pasaron con muchas precauciones y listo él para "coger el monte", si veían riesgo inminente.

canapé, Amado Pedrero, jovial y simpático, llevaba la voz entre la gárrula tropa estudiantil, haciendo espiritual derroche de gracia tropical, con picante de costa y salsa vernácula de Teapa, la Sultana de la Sierra en Tabasco. Interrumpiendo el coro, Miguel Angel Peralta, echando hacia atrás su silla y abriendo acogedoramente sus brazos, se dirigió a Vidal en estos términos: “¿ya podemos dar el abrazo al señor Presidente Provisional de la República?”

Un gesto de seriedad, que más me pareció descompostura en la faz de Vidal, correspondió a la interpelación afectuosa y cariñosamente zalamera de Peralta. Un movimiento negativo de cabeza rubricó aquel gesto.

---

De esta relación del General Villarreal se desprende que Serrano y socios, al día siguiente, eran sabedores de la orden de aprehensión, supuesto que el coronel Caballero debe haberse comunicado con él, con Vidal y con otros serranistas.

Supongo, también, que cuando Vidal, a eso de las once y media de la noche, habló con nosotros en el hotel Moctezuma, haya sabido ya la noticia y que no nos la diera noblemente por no asustarnos; a menos que la haya dado solamente a los Peralta o a Escobar, y por esto el mismo Miguel Angel Peralta determinara irnos a dormir a otro lugar.

Corrió por el ambiente un soplo helado de estupor o sebresalto; porque todos callamos intempestivamente y como por efecto de eso que los psicoanalistas llaman un "chock" nervioso, que paraliza las funciones orgánicas.

Se adelantó Vidal, caminando hacia dentro; acercándose a Peralta, díjole en voz baja: "¡necesitamos hablar a solas!"

A la pieza contigua se dirigieron ambos, llamándonos a Rafael y a mí. Era el cuarto que ocupaban los Peralta. En él entramos, para deliberar allí a puerta cerrada. Nos asomamos a un balconcillo que el cuartito tiene hacia la calle principal del frente del hotel.

Y habló Vidal, en términos nada consoladores ni nada convincentes, por más que él mismo quería darse esperanzas y trataba de buscar en su exposición el lado más fa-

---

Agregó, por último, el General Villarreal, que cuando él salió de Cuernavaca, Serrano y socios habían huído del hotel a esconderse, menos Vidal, que andaba desbalagado por el parque, cuando había terminado en éste la retreta de la noche; que por lo mismo Serrano ya no llegó a hablar con él; sino que fue a refugiarse a la casa del mismo Larrea.

vorable de la verdadera situación que nos rodeaba en tan críticos instantes. Infería, deducía o consideraba lógicamente consecuencia de los acontecimientos de Méjico, que Juan Domínguez secundaría el movimiento. Todo su razonamiento giraba en torno de esta sola premisa: el movimiento de Méjico es de buen éxito indudablemente. En consecuencia, lo mismo el General Juan Domínguez que todos los Jefes Militares de la República, callistas hasta ese momento, al ver perdido al gobierno, tienen que jalar parejo. De todos modos, aquí no nos hará nada, porque es compadre de Serrano y tiene por él muy altas consideraciones.

Especioso e inconsistente resultaba el razonamiento, para satisfacer las circunstancias de incertidumbre en que nos encontrábamos. Personalmente a mí me interesaba aclarar de una vez aquellas condiciones y fijar posiciones en forma concreta. Y trabé diálogo especial con Carlos, haciéndole preguntas, más o menos en los términos siguientes:

—¿Han hablado ustedes con el General Domínguez? —Respuesta: no; lejos de eso, se le han enviado varios correos, y ni siquiera los ha recibido. Serrano ha tratado de

comunicarse con él, por telégrafo, y tampoco ha podido lograrlo. Domínguez permanece en Puente de Ixtla. De allí ha mandado decir a Serrano que “no lo comprometa, que se salga de aquí”. Y nada más. Pero Juan Domínguez es compadre del General Serrano y, en último caso, se concretará a sacarlo de aquí o a protegerlo para que salga. Además, y esto es definitivo, Juan Domínguez tendrá que irse “a la cargada”.

—Pero, Carlos, ¿cuál es para ustedes la cargada? —La cargada es la nuestra, porque lo de Méjico es un hecho.

—Bien; son las doce de la noche en estos momentos; ¿qué noticias tienen ustedes del movimiento, que allí iba a ser a las ocho?

—Ninguno todavía.

—¿No cree usted que a estas horas, si el movimiento hubiera sido de los efectos inmediatos que usted dice, estuvieran aquí echando a vuelo las campanas?

—No importa, avisarán por la mañana. Están cortados los hilos telagráficos.

Y concluí en estos o parecidos términos: “En tales condiciones, me parece que ustedes no cuentan con Domínguez. Y además ¿cómo pueden saber si, en un momento da-



do, el General Calles, desconfiando de él, proceda por conductos distintos al del mismo General Domínguez? Y la lógica del compadrazgo, menos me convence. Estimo, por último, que parte usted de una base falsa en absoluto, al suponer que el movimiento de Méjico es un éxito seguro. Si en esto se halla para ustedes y para nosotros el desiderátum de la cuestión, estamos definitiva e irremediabilmente perdidos. ¡Y aquí paz, y después gloria!"

Un tanto violento, el General Vidal me increpó de suspicaz y pesimista. Tal vez también aun de pobre de espíritu o de cobarde. Mis compañeros, aunque deben de haber estado de acuerdo en su interior conmigo, no quisieron discrepar del todo con Vidal que fue, a pesar de todo, más que nada indulgente y caballeroso conmigo mismo y con nosotros. Con su gentileza habitual, con aquel don de gentes que lo adornaba, el infortunado y valiente amigo mío queridísimo, tal vez también pensaba conmigo; pero quería buscar un asidero a su desilusión, a su desengaño en aquellos momentos en que estaba ya en un callejón sin salida; y en el fondo de su alma encontraba solamente aquellas contingencias remotas de probabilidad,

que él quería considerar, como seguridades, en beneficio de todos nosotros y de él mismo.

Hé querido fehacientemente consignar este dato, por respeto absoluto a la verdad histórica; y debo advertir, de una vez por todas, que ni conozco al General Juan Domínguez ni me liga, ni me ha ligado nunca con él ningún vínculo, ninguna relación, de gratitud, de reconocimiento ni de simple referencia social en forma alguna. Así pasaron las cosas y así tengo que referirlas. Lamentablemente están muertos el General Vidal, Escobar y Peralta, que en ese momento hablábamos a solas; pero están vivos, el General Villarreal y algunos otros, que pueden ser testigos de calidad y de mayor excepción, supuesto que también a éste creo que el General Serrano, o Vidal, le expresaron cosa semejante con relación al General Domínguez. (2)

---

(2) Sin embargo, el General Villarreal opina que Domínguez estaba comprometido; pero que fue de los que se... arrepintieron, al arrepentirse don Eugenio Martínez. Así me lo expresa hoy, en esta conversación a que me he referido en dos notas anteriores, de este mismo capítulo.

La impresión general en todo el país es que Domínguez traicionó a Serrano. El periódico "Excélsior", en las fotografías de los ejecutados que el día cuatro de octubre de 1927 publicó, en una plana especial, colocaba al centro al General Domínguez; con lo cual se entendía que éste era el victimario de aquella multitud de mártires.

Todo podrá ser; mas mientras no se exhiban datos concretos que contradigan lo que aquí llevo dicho; lo justo me parece consignar que el General Juan Domínguez no traicionó a nadie, aunque otra cosa puedan inferir quienes conozcan antecedentes, que yo ignoro.

Aquella noche la fuimos a pasar, por fin, en otra parte. Ido Vidal, nos dijo Miguel Angel: "vamos a dormir a casa de un amigo nuestro". Por la misma calle, en efecto, llegamos a la casa del señor coronel Carlos Castrejón Velásquez (que hoy vive todavía en Cuernavaca), que en esa noche conocí; que nos brindó cuanto tuvo en su estimable domicilio, para hacernos pasadera la madrugada aquella, en que menos dormimos y en que el desasosiego, ya erigido en verdadero sobresalto, nos mantuvo en silencio a todos juntos, a pesar de que estábamos de cama a

cama, oyéndonos el palpitar de nuestros corazones. A buena mañana nos despedimos del bondadoso y hospitalario Coronel Castrejón, a quien he tenido años más tarde, y vuelto yo del destierro, el placer de estrechar allá mismo en Cuernavaca en cariñoso abrazo de gratitud.

Volvimos a nuestro hotel y sucedió en aquel negro día tres lo que a continuación he de narrar punto por punto.



## CAPITULO VIII

### ¡LA APREHENSION!

**El trágico día tres de octubre.—Tardíos preparativos para continuar rumbo a Guerrero.—La salida del hotel Moctezuma.—En la misma casa guarecidos con Serrano.— Cogidos en la ratonera.**

La mañana de aquel lunes tres de octubre fue de franca y desoladora zozobra espiritual para nosotros. Puede decirse que se oían los pasos de la tragedia. Habían cesado los proyectos, las iniciativas; nadie hablaba de próximas aventuras en el campo militar, ni en el político, pero nadie tampoco pretendía hablar del suceso medular, de los acontecimientos de esa noche en Méjico, que polarizaban nuestro destino. Había verdadero trastorno en la brújula. Aun los mismos alegres estudiantes, más despejados

sin duda por menos reflexivos, se veían las caras y se acercaban a nosotros, preguntando: ¿Qué pasó en Méjico? ¿Qué se sabe? ¿Qué vamos a hacer? Todos desalentados, entraban y salían por parejas o aisladamente; pero ya no con el aire marcial de los campañistas del día anterior, sino con la intranquilidad o la desorientación pintadas en el rostro; ávidos de obtener una noticia o presurosos por llevar la que hubieran recogido en la calle. Algunos de los más listos, o casi todos, emprendieron el vuelo, pausada y disimuladamente, uno a uno, dos a dos, cada quien por su lado y para su alero o su guarida a ocultarse; de tal modo y de tal suerte, que cuando las tropas federales cayeron a catear el hotel, minutos después de que nosotros salimos de allí, ninguno de los expedicionarios o agregados espontáneos se hallaba allí, ni fueron aprehendidos más que Juan Trujillo, concuñado del Lic. Escobar, que acompañaba a éste en calidad de secretario, y Mariano Ortiz Lastra, que así también me acompañaba a mí. (1) Y nadie habrá de pensar que hicieron mal en escapar y es-

---

(1) Mariano Ortiz y Juan Trujillo permanecieron en prisión por largos días, y parece que si

conderse, ni mucho menos que fueron cobardes por esto. Todos ellos han probado después en el camino de su vida política o profesional, ser hombres más que cabales y que enteros, en toda ocasión en que el honor los ha llamado a responder de sus actos y ellos han acudido con varonía que bien ha pregonado más de un suceso en la política convulsiva de estos últimos años en Tabasco. Digo de Tabasco, porque casi todos ellos eran tabasqueños; ya los he mencionado.

Era el momento de la desorientación, y se aproximaba el del naufragio. ¡Se oían pasos!

Mientras estos muchachos eran nuestras antenas y por medio de ellos llegaban nuevas desconcertantes a cada momento, los Peralta, Martínez de Escobar y yo nos debatíamos en otra serie de desaciertos y de incoherencias de sonámbulos. Cada noticia

---

no fueron muertos en la carnicería de Huitzilac, se debió a que no cupieron en los vehículos de transporte. La carta del Lic. Juan Morales Torres, que recibo antes de que acabe de publicarse en "HOY" esta narración y que reproduzco en el "Apéndice", explica la situación de esos momentos con una sinceridad que honra mucho al autor de la carta, queridísimo ex-discípulo mío y que ilustra a maravilla mis afirmaciones. /



funesta que venía de afuera nos caía como lúgubre gota que iba minando más y más la resistencia de nuestros nervios, ya próximos a estallar.

—“No se puede ya salir de la ciudad, ni entrar en ella; hay guardias en todas las bocacalles. Estamos en estado de sitio y bajo las garras de las fuerzas federales de la guarnición de la plaza.”

¿Quién dijo esto? ¿Quién trajo la noticia? No lo sabe nadie. La trajeron todos.

Son las diez. Son las once. ¿Qué hacemos?, interrogo a Rafael y a Peralta. ¿Qué pasó con Ariza? Miguel Angel arregla un maletín de compañía, que envuelve y desenvuelve sobre su mesa, y mete dentro de él dineros y cartuchos; no habla, casi no contesta a mis preguntas. Rafael y yo nos paseamos a lo largo de los corredores, y me dice: “espero a mi sobrino Adelfo Aguirre, que ha de traerme noticias interesantes”. Insisto, por mi parte, en que debemos permanecer allí. Salir para acá o para allá; pero salir de allí, en donde nos tienen perfectamente localizados.

Miguel Angel nos llama desde su cuarto, para decirnos: “Alístense, nos vamos en seguida. Ya avisó Ariza que está listo y que

tiene arreglada la salida por el rumbo de Jojutla, con un oficial que está de jefe de la escolta en esa vía. Todos vamos con traje de montar a caballo, para cabalgar en las afueras del poblado. Sobre la marcha, disponiéndose cada uno."

Como se ve, ya eran órdenes estrictamente militares. Corrimos cada quien, Rafael y yo, a nuestros respectivos aposentos a hacer el arreglo conveniente de nuestras "chivas", que "chivas" y no otra cosa eran las que constituían nuestro equipaje guerrero, o de campaña. Estábamos como para lanzarnos al campo decisivamente, y por ridícula ironía, en el momento preciso en que teníamos ya perdida la batalla; ya no sólo la batalla sino hasta el espíritu batallador de nuestras huestes y de nosotros mismos!

Envié a Mariano Ortiz a comprarme en el comercio circunvecino del hotel unos pantalones de montar. Volvió con ellos en seguida... pero eran estrechos para mi talla, y fue a cambiarlos. Sentado a la orilla del camastro en mi cuarto, conversaba yo con algunos de los muchachos, de mis viejos discípulos, que me rodeaban. Creo que Juan Morales Torres, hoy abogado, uno de ellos.

Repentinamente alguien empuja y abre la puerta de entrada a la pieza; Rafael Martínez de Escobar, que viene de la suya, se detiene frente a esa puerta y me dice, con verdadero acento de alarma: "vente, y sígueme; pero violentamente".

Oí pasos precipitados por todas partes. A lo largo del ala del corredor, hacia las escaleras de bajada, que estaban al fondo, una avalancha se atropellaba por ganar la salida, procurando no correr para disimular que huía.

El aviso de Escobar a mí, seguramente ya difundido en la congregación conspiradora, que más parecía comparsa teatral, fue el ¡sálvese el que pueda!

La hora del hundimiento en el naufragio! La marinería que se arremolina y el pasaje que se amotina, despavorido, desorbitado, atropellando con todo y con todos, fija la instintiva mirada solamente en un fin: ¡salvar la vida!

Me calcé los zapatos precipitadamente; tomé saco y chaleco, que iba poniéndome apenas ya en camino... y mi gabardina salvadora, la única protectora de mi fuga, diez minutos después!

Cuando salí a los corredores casi reinaba el silencio de una deserción en masa o de

una estampida norteña, acabadas de pasar y ya perdiéndose en la lejanía de una llanada o del desierto. Rafael me había adelantado muchos pasos, por la misma escalera de descenso. Ya no le ví, cuando bajé por ésta hacia el fondo del edificio, ni a lo largo del corredor de abajo, hacia el frente. Llegué al zaguán de salida, al amplio zaguán por donde entrando al llegar el día anterior, ví al General Ariza recibir a los Peralta. Me detuve pensando en mi leal compañero Marianito, que no volvía de la calle. A alguien que no recuerdo quien fuera, tal vez Juan Trujillo, serenamente parado en la puerta, le pregunté: “¿por dónde se fué el Licenciado Escobar?” A lo cual me repuso: “por ese callejón de enfrente (señalando hacia la izquierda) se metió; sígalo usted”. Agregué una súplica: “Si viene Mariano Ortiz, favor de decirle que me espere aquí; que volveré en seguida”... ¡hasta ahora estoy volviendo!

Franca desorientación del criterio, al pensar que volvería en seguida, y falta de concepto de la desbandada terrible. No ví a nadie más a mi rededor, ni a lo largo de la calle. Habían desaparecido todos como por obra de encantamiento ¡A todos nos sirven, parece, para las mismas funciones las piernas, en un

momento dado, que no es precisamente el momento de criticar ni el de juzgar de lejos las cosas!

Me eché a la calle, sin perder más instante que el que empleé en las dos frases atropelladas que crucé con el de la puerta, y avancé a toda prisa hacia el callejón por donde Escobar había tomado. Al entrar en él, ví a Rafael que ya casi ganaba la salida a la otra calle paralela a la del hotel, la calle de Morelos. El callejón es de ascenso fatigoso; Rafael era de andar acelerado y a grandes pasos, que su estatura le permitía; de suerte que casi tuve que correr para ver si lo alcanzaba. A tiempo él se detuvo al llegar a la esquina del callejón con la calle trasversa. Ví que desde la orilla de la acera, dando frente a otro callejón, hacia el lado contrario de la calle paralela, hacía señas con el dedo, indicándoles que se retiraran, a dos personas que por aquel callejón asomaban; y agitaba la mano, dando vueltas nerviosamente a la eadenilla del reloj, que le cruzaba el chaleco.

En esto y por esto le alcancé. Me dirigí también a los viandantes que aparecían por el lado contrario, y que sin duda, como hemos dicho en capítulo anterior, se encaminaban también al callejón de la muerte, a la

boca del lobo, hacia donde —sin saber lo yo— íbamos nosotros en ese instante. Eran ellos, el doctor Federico Martínez de Escobar, hermano de Rafael, y Juan Aguilar Ficachi, tabasqueños ambos también; los mismos a quienes he dicho que encontramos en el camino el día anterior y que venían, como nosotros, a Cuernavaca. Les hice indicación vivísima de que se marcharan, y me apersoné con Rafael en estos términos.

—¿Qué pasa, Rafael? ¿Por qué nos hemos salido del hotel?

Sin dejar de mover desapaciblemente la cadenilla del reloj, Rafael me dice:

—“Acaba de mandarme avisar mi primo Fernández Escobar, con mi sobrino Adelfo Aguirre, que hay orden de aprehensión contra nosotros; que nos saliéramos del hotel inmediatamente”.

—Y ¿adónde vamos?, le pregunté en el acto.

—No sé, me contestó. Los Peralta, que van allá adelante, me dijeron que los siguiéramos.

En efecto, Miguel Angel y Daniel Peralta, los dos generales guerrerenses, habían doblado a la derecha, al salir del callejón a

la calle, y caminaban por la acera, como a un ciento de pasos adelante de nosotros.

—No; yo voy a ver a donde vamos, le dije a Rafael y, separándomele, partí a gran prisa en seguimiento de los Peralta, mientras aquel parece que insistía en conminar a su hermano y al compañero de éste para que se alejaran de aquel sitio.

Se detuvieron los Peralta; ví que Miguel Angel tocó en una puerta. Mientras abrían gané terreno, hasta llegar junto a ellos, y cuando quise inquirir, en el momento mismo en que me les acercaba, se abrió la puerta, que franquearon ambos sin pérdida de tiempo y alcancé a ver hacia dentro al General Serrano, que en persona les había abierto.

Sentí espanto; retrocedí cautelosamente, juntándome de espaldas a la pared, para que no me viera, como sin duda no alcanzó a verme, el General Serrano, que se alejó hacia dentro con los dos visitantes. Al tiempo mismo que llegaba Rafael y se acercaba a tocar nuevamente, me le interpuse para que no llamara; le eché las manos al pecho deteniéndolo, y le dije: “Rafael, ¿adónde hemos venido? He visto aquí al General Serrano. Esto es meternos en la boca del lobo. Si dices que hay orden de aprehensión contra nos-

otros, con más razón debe haberla contra él. Vámonos, Rafael, para otra parte”.

Nerviosamente, sin atender a nada, sin responder siquiera, Rafael me tomó del brazo izquierdo y haciéndome girar me empujó por la espalda hacia el interior de la casa, a la vez que me decía: “¡Métete y no averigües, que ya nos llevó la... trampa!” Y entrando detrás de mí, él mismo cerró por dentro.

Un angosto pasillo de entrada, con uno o dos escalones. Al fondo, un comedor o corredor abierto hacia el patio; a la derecha, una puerta con acceso a un salón espacioso, con dos o tres ventanas de gran reja de hierro a la calle, cerradas en ese instante, con persianas antiguas de estilo de cremallera, que dejan entrar la luz, no las miradas.

Del pasillo mismo quise ganar la puerta nuevamente, y salirme, pero el General Serrano me había visto desde la entrada en la sala y cortésmente, por sobre el hombro de Miguel Angel, me tendió la mano, que estreché con verdadera muestra de respeto.

La situación era por demás embarazosa para mí, como puede comprenderse. ¿Qué hacía yo allí? Sin contar con otras circunstancias que me tenían un tanto alejado del señor



General Serrano, desde los días de una campaña electoral municipal que yo dirigí en 1926; fuera de esta circunstancia, el solo hecho de sentirme en terreno extraño, me cohibía de una manera tan atroz, que me hizo quedarme hacia atrás del grupo que ya formaban mis compañeros, con Serrano y con Vidal.

Ahora, veamos el cuadro de aquel transitorio alojamiento, improvisado seguramente para la noche anterior, como el mismo en que nosotros dormimos y hemos dicho. Una sala grande, con aspecto de sala de hospital. Ambiente pavoroso de desolación; panorama de panteón. Seis u ocho camas, en dos filas, con calle de paso enmedio, y en ellas todos los acompañantes de Serrano, acostados en silencio, vestidos en traje de calle, y todos incorporándose lentamente hasta sentarse, para recibirnos.

Nada más contagioso que la depresión moral, sobre todo si es colectiva. La impresión de contagio fue de horribles efectos deprimentes en mi espíritu. Casi me puse a tono con aquel grupo de hombres valientes sin género de duda; pero que a esa hora, desarmados de toda iniciativa, se entrega-

ban automáticamente en brazos de la fatalidad.

Entrando apenas en el salón, como he dicho antes, Serrano y Vidal se adelantaron hasta juntarse a los Peralta y a Escobar. Algo dijeron éstos, que no alcancé a percibir distintamente; algo también contestó Serrano, de lo cual, solamente oí con claridad estas palabras suyas: "Si a ustedes les aprehenden aquí conmigo, pueden decir que vinieron invitados por mis amigos a la comida que me darán mañana en mi ranchito".

La especie me pareció infantil y me obligó a terciar en el diálogo, diciéndole estas palabras al General Serrano: "General, ¿podrán creernos que a eso hemos venido, cuando a usted lo consideran políticamente como el único y principal responsable de lo que pueda haber pasado anoche en Méjico? Yo creo que lo que debemos hacer es salirnos de Cuernavaca como podamos, o hacer resistencia aquí".

Serrano se dirigió a sus compañeros y extendiendo los brazos les dijo: "nadie haga resistencia, si nos aprehenden aquí". Al mismo tiempo que dando un paseo a lo largo del pasillo entre las camas y saliendo hasta el corredor abierto al patio, con las manos en

las bolsas del pantalón, le ví tender hacia el espacio una mirada tan extraña que no sabía yo decir si fue de angustia, o de interrogación. Mientras tanto Vidal caminaba también por la misma callecilla entre las camas, en sentido contrario, con un ademán nervioso que no se explica claramente. Abría y cerraba la hebilla del cinturón del que pendía su pistola. Al llegar hasta mí, con él me apersoné, diciéndole lo mismo que había yo dicho al General Serrano, cosa que no era en mí sino el producto también de una nerviosidad, que se manifestaba en otra forma igualmente irrefrenada. Al decir yo así, Peñita, un joven oficial ayudante de Vidal, se paró frente a nosotros, incorporándose de su cama, y dijo: "Mi General, aquí tenemos cuatro ametralladoras y varios rifles, vamos a salirnos de la ciudad". Vidal lo amonestó con energía: "cállese y échese allí en su cama".

No acerté a entender si me contestó Vidal, porque al instante se interpuso el General Serrano, a quien volví a insinuar que nos saliéramos.

"Mire usted General, díjele, hay uno o dos soldados en cada bocacalle; tal vez pudiéramos con poco riesgo abrirnos paso". Repitió

el General su gesto y su orden de no hacer resistencia. Algo raro sentí en ese instante. El naufragio total de la esperanza; la pérdida definitiva del dominio de los actos volitivos; la desesperación ante lo inevitable. ¡Quién sabe! Lo cierto es que me acerqué nuevamente al General Serrano y poniéndole la mano derecha sobre el pecho, con desesperación le dije: "Lamento, General, venir a morir como un infeliz, y al lado de usted, en donde no debiera yo estar en este instante. Mire usted, son las doce y veinte minutos del día; no pasan cinco minutos sin que seamos aprehendidos. . . !

No sé que más iba yo a decir. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! Sonaron espantosos culatazos en la puerta, golpes que retumbaron horrendamente en la estancia. Era la escolta federal que se presentaba a hacer nuestra aprehensión!

"Ahí está la escolta —dije todavía—, ¡somos cadáveres!"

Y en el capítulo que sigue, veremos por qué yo no lo fuí.



## CAPITULO IX

### LA ESCAPATORIA

**A la Jefatura de Operaciones.—¡Marchen!—  
En el trayecto escapo.—El momento de la  
fuga.—La gabardina providente.—Es-  
condite de ese día.**

¡Cayó en la estancia el hielo de la eternidad! El silencio de las grandes catástrofes del espíritu en bancarrota y crisis por laxitud siguió al ruido pavoroso del llamado a la puerta. El frío de la muerte congeló toda voz, paralizó la vida súbitamente, y plasmó en la faz de cada uno el rictus de los ajusticiados o de los mártires!

Serenamente, lentamente, el General Serrano se dirigió a la puerta en el acto, y entabló con el Jefe de la escolta, el siguiente diálogo:

—¿Por orden de quién nos vienen a aprehender?

—Por orden del Gobernador del Estado.

—¿Pudiera usted permitirme que me presente con las personas que me acompañan, y retirarse usted con la escolta? Creo que son gentes de honor las que aquí están conmigo.

—Perdone usted, mi General, pero tengo orden de conducirlos personalmente.

—¿Quisiera usted llevarnos a la Jefatura de la Guarnición, en vez del Palacio de Gobierno?

—No serán llevados al Palacio de Gobierno, sino a la Jefatura de Operaciones.

El General Serrano, con la misma impasibilidad con que había acudido al llamado, volvió a entrar en la estancia y, dirigiéndose a todos nosotros, dijo: “Señores, tengan la bondad de acompañarme”!

Estábamos allí en ese momento las siguientes personas: Generales Serrano, Vidal, Miguel Angel y Daniel Peralta, Capitán Ernesto V. Méndez, Licenciado Rafael Martínez de Escobar, Antonio Jáuregui, Alonso Capetillo, Ing. José Villa Arce, Augusto Peña, Enrique Monteverde y el que esto escribe.

El licenciado Otilio González no estaba allí. El Mayor Octavio R. Almada entró minutos después de llegados nosotros, habló aparte unas palabras en voz baja con el Ge-

neral Serrano, precisamente cuando yo hablaba con Vidal, y volvió a salir, por orden de Serrano, que le dijo: "vuelves en seguida". Almada tomó hacia la calle, contestándole: "pues yo si no estoy aquí dentro de veinte minutos, ya no vuelvo". Ignoro dónde fueron aprehendidos éste, Otilio González y Ariza.

Mientras Serrano salió hasta el pasillo, hacia la puerta, al toque de la escolta, adentro pasaban cosas raras. Vidal, que se paseaba a grandes pasos, en ademán de abrir y cerrarse nerviosamente el cinturón, al escuchar los golpes estentóreos, abrió del todo el cinturón y desprendió de él su pistola, arrojándola con funda y todo sobre una cama; dióse otro paseo por el centro de la sala; retrocedió con rapidez, tomó la pistola y la escondió en una repisa que adosada a la pared, colgaba a un lado de la cabecera de la cama. Los Peralta se sentaron al borde de otra cama. Martínez de Escobar se echó a lo largo en una y yo me fuí hasta el fondo a sentarme en la última de la derecha. Rafael, que escuchó también el diálogo de Serrano con el aprehensor, levantó la cabeza y me hizo una señal como diciéndome -¿qué tal?, a lo que le contesté con otro ademán,



señalándome en torno el cuello, y este ademán decía realmente ¡cuello!

A la solicitud de Serrano, principiaron a salir lentamente todos. "Cacama" le pasó su sombrero a Serrano, y éste el primero se encaminó hacia fuera, con paso firme y resuelto.

Frente a este definitivo desastre, yo volví a pensar con pavor en la traída a la Inspección de Policía, en Méjico. La fulgurante luz de la esperanza se apagaba en mi imaginación; yo no pensé en la muerte, a pesar de todo; pensé en el tormento, y resolví en el acto privarme de la vida. Me tendí en la cama, saqué mi pistola, y, cazándola, me la llevé a la boca. La vida se agarra de un hilo; oí la voz de Rafael, que ya en el pasillo, dialogaba con el Jefe de la escolta. Renació la chispa de la última esperanza; cruzó el relámpago de la idea de la propia conservación, que ilumina en tales momentos oscuros la subconciencia. Retiré mi pistola, la guardé, y salí violentamente hasta el pasillo, para reforzar a Rafael en la discusión que sostenía con el Jefe aprehensor. Acerquéme hasta él, a sus espaldas, en el momento en que el militar le contestaba a algo que él le dijo y que no

percibí claramente: “pero Rafael, si te he mandado a avisar que te salieras del hotel Moctezuma, ¿para qué has venido a meterte aquí?” Y al acercarme yo, agregó, dirigiéndose a mí: “¿verdad, licenciado?”

El Jefe de la escolta era el Mayor Angel Fernández Escobar, primo hermano del licenciado Rafael Martínez de Escobar, que en ese momento discutía con él.

Yo no pude contestar nada a Fernández Escobar. ¡Era tan razonable y contundente lo que decía a Rafael, que aquello no tenía réplica! Dí media vuelta y volví a entrar en la estancia. Nadie quedaba ya en ella. Tuve entonces la idea violenta de ocultarme o de salirme por alguna otra puerta; pero al echar la vista en torno mío, ví caminar por el pasillo dos soldados que salían del fondo del corredor y se detuvieron, mirándome. Automáticamente me encaminé también hacia afuera, diciendo cortésmente a los soldados: “pasen ustedes”. Detrás de ellos salí yo.

La fila de prisioneros se tendía a lo largo de la acera, hacia la izquierda de la puerta. Rafael, el penúltimo, tomado del brazo izquierdo del Mayor Fernández de Escobar, su primo, hablaba con éste, excitado y en alta

voz. Un soldado, a la orilla de la acera, escoltaba a cada preso. De los dos que salieron conmigo, uno se colocó a la derecha de los dos Escobar y el otro a la derecha de mí, que quedé en último lugar en la fila.

Voces de aviso, y una voz de mando que ordena: ¡marchen!

¡Uno!, ¡dos!, ¡uno!, ¡dos! Resonaban las pisadas, marcando el paso de la cuerda macabra. La calle en toda su amplitud llena de bote en bote de curiosos; todo Cuernavaca allí reunido, en un silencio de espectación atónita. Caían dispersos y esporádicos gruesos goterones, bajo un claro de luz de mediodía en tierra caliente, como cuando dicen los rancheros que está peleando el diablo con su suegra.

Mi cerebro, entre tanto, era una hoguera. Mil imaginaciones, como ráfagas locas, pasaban por mi mente, y la del tormento me trastornaba. Tomé entonces otra resolución extrema, ya que todo estaba perdido definitivamente: hacer fuego sobre la escolta, al llegar a la Jefatura de Operaciones, y así morir en caliente, o que alguno de nosotros se salvara. Pero inmediatamente adelanté la idea: ¿para qué espero llegar allá, si aquí mismo puedo

poner en obra el pensamiento? Y en actitud de ejecutar la temeridad de disparar sobre el Jefe de la escolta, llevándome la mano a la pistola, miré hacia mi derecha... ¡el soldado, mi custodio, no estaba! Preocupado sin duda por la discusión en alta voz que Rafael llevaría todavía con su primo el Mayor, se adelantó al frente de mí, hasta ponerse a espaldas de su jefe, arriba de la acera, desentendido de mi cuidado y dejándome atrás como a tres metros.

Habíamos caminado lo largo de la cuadra, unos cien metros; atravesábamos el callejón, por donde habíamos venido momentos antes a la casa funesta. Bajaba el pie en la esquina en que alcancé a Escobar, caminando hacia esa misma casa. Se abrió la multitud allí agolpada, replegándose principalmente hacia dentro del callejón, para dar paso a la escolta y a los reos. En el instante mismo de levantar la vista y advertir la ausencia de mi guardián, atravesábamos. Maquinalmente sesgué yo el paso a la izquierda, metiéndome entre el grupo de gente que llenaba la bocacalle. No sé hasta hoy por qué lo hice. No lo pensaba yo, cuando así procedí. Lejos de todo eso andaba mi imá-

ginación. Y escuché, al escapar, las últimas palabras de Rafael Martínez de Escobar, que en alta y vigorosa voz, decía a su pariente, a quien llevaba siempre cogido del brazo: "también yo soy hombre y sé morir, pero estas son... alcaldadas!"

¡Estaba yo salvado! Sin embargo, véase cómo en seguida procedí con tal torpeza, que pude nuevamente caer en las garras de los aprehensores. Caminé por el callejón, ya entonces sí intentando alejarme lo posible, para escapar en toda forma. Pero eché la mirada hacia adelante, al otro extremo del callejón y advertí que allá abajo lo cerraban tropas. ¡Estaban cateando el hotel Moctezuma, de donde habíamos salido! Detuve el paso, y en vez de quedarme allí detrás del gentío, confundido entre tantos curiosos, caminé en sentido contrario, otra vez hacia la acera por donde iba la cuerda trágica; sólo que usé de una simple estratagema, que en esta vez sí fue de efecto definitivo para cambiar mi aspecto momentáneo: desenvolví violentamente la gabardina que traía doblada bajo el brazo y me la eché a las espaldas; tiré del ala de mi sombrero, hundiendo en él la cabeza y caminé doblándome y cojeando. Al salir a la acera me dí de frente con

el soldado que me buscaba con la mirada entre el conjunto de espectadores. Me miró fijamente, pero no me habló. Si me habla, seguramente me hundo! Doblé a la derecha, con una parsimonia y una lentitud que eran sin duda el resultado de la parálisis que sentía yo, al correrme por la espina dorsal un frío que no era muy natural, naturalmente. Me detuve un instante, mirando hacia una fuentecilla del predio despojado que formaba la esquina, y con el rabo del ojo derecho capté todavía un segundo vistazo escrutador que mi soldado me echaba. Pero la escolta se iba alejando; comprendió el juan que se le había escapado la presa y era tal vez mejor callar, si nadie más lo había advertido; dio el flanco derecho y arrancó tras de la escolta nuevamente. También yo dí mi flanco izquierdo y caminé, no diré que muy serenamente, pero sí muy estudiadamente y con paciencia. Unos pasos adelante, una viejecita de chal negro se escurrió bajo mi brazo derecho, diciéndome al pasar: "no voltee usted a ver". Quiere decir esto que mi soldado, aun alejándose, volteaba a verme sospechosamente. Algunos pasos después, dos hombres del pueblo me

adelantaron, uno por cada lado, y me dijeron: "ya se salvó usted; no acelere el paso". ¡Qué iba yo a acelerar el paso! Hubiese yo querido acelerar el tiempo y que cesara aquella situación terrible y horrorosa!

Estaba yo salvado, por el momento por lo menos. Pero ¿dónde ir ahora? ¿dónde esconderme? ¡Felices todos los que a esas horas ya estaban cuidadosamente refugiados!

Anduve hasta la altura de la casa misma de donde habíamos salido presos. Me detuve frente a la puerta a ver el número 17. ¡Era bueno ya ir tomando datos para escribir la historia! Frente a esta casa estaba una oficina pública, creo que la Comisión Agraria del Estado. Alguno de los empleados, desde la acera opuesta, dijo en voz alta: "¡Se escapó el licenciado Santamaría; allí va él!" No me supo muy bien aquello, le eché al aspaventero una mirada de maldición... y continué mi camino resueltamente, ya sin renquera ni tapujos.

¿Cuál camino? Yo no conocía a nadie en Cuernavaca. Me eché a andar sin rumbo fijo. Me asomé a la calle del hotel Moctezuma, desde muy lejos, queriendo husmear la suerte de Mariano Ortiz, mi acompañante. Y allá

a lo lejos vi un sombrero carrete que se agitaba saludándome. Llamé al desconocido que con tanto entusiasmo me saludaba, y lo esperé un tanto oculto en un callejoncito inmediato. Allí llegó él.

—¿Qué le pasa, licenciado, y qué hace usted por aquí? Ya aprehendieron a Serrano y a muchos otros que estaban con él.

—Y a mí también me aprehendieron con él, le dije; pero acabo de escaparme de la cuerda en que nos llevaban a la Jefatura de Operaciones.

—Y ¿adónde va usted?

—Adónde voy a ir, si no conozco yo a nadie aquí. He querido localizar una casa donde dormimos anoche; pero no doy con ella.

—Pues véngase conmigo, licenciado. Yo le voy a llevar a la casa de un buen amigo.

—Vayámonos. Pero, amigo mío, ¿quién es usted?

—Soy Manuel Catalán. Su amigo, aunque usted no me conozca.

Y allá vamos, Catalán y yo, camina que camina, qué sé yo para dónde. Y aquí empieza para mí otra odisea: la del escondite.



Nos avistamos con la plazuela en cuyo centro se alza la capilla, a la entrada de Cuernavaca, y en la cual se apostaba una escolta militar, cuyo jefe me pareció que nos veía con fijeza. En efecto, me había reconocido, y en seguida veremos cómo tampoco este noble hombre quiso que me mataran. Cruzamos oblicuamente hacia la izquierda, hasta una tienda de la esquina, la misma casa en que al entrar en la ciudad el día anterior, nos detuvimos, y en la que estuvo Peralta breve tiempo.

Una señora gorda al mostrador. La saluda Catalán y le pregunta por su marido. Con aplomo de mujer fogueada en estas lides, la señora responde: "no está aquí, se fue al cerro". Catalán se acerca más y le dice en voz baja: es que quiero que esconda aquí a este señor que viene conmigo. —¿Quién es el señor?, pregunta ella. —El ingeniero Fernández, le dice él. La señora se queda indecisa. Yo me adelanto y aclaro la situación: está equivocado Catalán; yo no soy ese ingeniero; soy fulano de tal. La buena mujer se espanta, pero disimula su azoramiento; "espérenme un momento", dice, y da media vuelta, yéndose hacia dentro. Dos o tres clientes embobados, esperan paciente-

mente rayando el mostrador con las monedas en la mano, y ni siquiera nos advierten. Catalán atisba inteligentemente el momento y me dice: "métase usted por allí adentro, hacia la izquierda, en ese cuarto, mientras viene la señora". Y levantó la portezuela del mostrador, haciéndome pasar. Entretanto él se movió a distraer la atención de los marchantes, por si acaso me veían penetrando al interior.

Echo una puertecilla y caigo en la oscuridad, más bien cegado por el deslumbramiento que traigo del sol de la calle. Tentaleo una cama, y en ella intento acomodarme, pero una voz femenina entra en alarma y en mayor me pone a mí. "¡Perdón, señora, no soy un foragido! Me traen aquí a esconderme por política." ¡La comedia siempre alternando con lo trágico! Abrese al instante una gran puerta hacia el fondo, por donde entra un chorro de luz, y desde allí afuera, desde el patio, un hombre me hace señas, llamándome con vehemencia.

Desaparece de la escena Catalán, a quien no vuelvo a ver, sino años más tarde, cuando vuelvo del destierro. Y sé que ha muerto hace poco tiempo, en una campaña política en su tierra natal, en Guerrero. Uno de tan-

tos amigos que me protegieron y auspiciaron la salvación de mi vida. ¡Duerma en paz!

Salgo al patio. Un hombre de baja estatura me abraza afectuosísimo, interrumpiendo su obra precipitada de arreglar y disponer una silla sobre una mesa, arriba de un techo minúsculo, para darse trazas de alcanzar la altura de una pared divisoria y saltar al predio contiguo, mediante el auxilio de una cuerda. Me abraza como viejo amigo y me relata: “soy Burgos (no recuerdo el nombre), y soy su amigo, licenciado; aquí nos vamos a pasar a la otra casa, que está desocupada, porque aquí pueden venir a aprehendernos; soy el Presidente del Club Serranista!” ¡En buena ratonera he venido a caer nuevamente! ¡Catalán, Catalán, ¿en qué pensaste al entregarme aquí? Me apersono con mi ya amigo Burgos —¡y qué noble y buen amigo, desde ese instante!—; dejo mi gabardina y tomo parte en la tarea de escalar la pared que es alta, alta como de cinco metros por lo menos; dos o tres más arriba del techo de la pieza en donde nos hemos encaramado y en donde apenas cabemos con la silla y la mesa que se nos enredan en la maniobra diligente y sobre todo urgente.

—“Suba usted primero, licenciado. Se abraza usted al pino que está pegado a la pared y por él baja al solar de la casa vecina.” A un sordo se lo dijo; sordo y además viejo ranchero y tabasqueño; acostumbrado, por lo tanto, a trepar como chango sin mecate a los cocoteros y a los guayabos, desde muy niño, en las correrías del pueblo, hurtando frutas en Macuspaná. Escalé la pared con una habilidad y una destreza que me hicieron recordar a mi heroico defensor Antonio Martínez, el calumniado y célebre “enterrador” de Oliver, en el Drama del Desierto de los Leones, a quien también le colgaban por añadidura el milagrito de un sonado escalamiento en Teziutlán. Y abrazado como un chiclero al tallo benefactor del alto pino, descendí plácidamente a la heredad contigua, un solarón de casa pueblerina desocupada, cubierto de alto yerbazal, propio de la tierra caliente. Cuando estaba yo a punto de aterrizar, dos manos protectoras se me colocan por las posaderas y un ser aparecido de improviso me recibe de buen humor con esta frase: “¡hola, mi licenciado, tú también vienes aquí?” Es el profesor Urbano Lavín, revolucionario guerrerense, viejo político pelecano también y grande amigo mío por

tanto. Nos abrazamos, dándonos a desovillar desde luego buena charla, cual si fuésemos por las chinampas de Xochimilco o la avenida de los filósofos en Chapultepec, y me olvidé por el momento de Burgos, a quien ya no ví cómo alcanzó el pino y cómo bajó hasta incorporarse a nosotros (posesionados ya del campo), diciéndonos en seguida: aquí hay el riesgo de que vengan a enseñar esta casa, que se alquila, y nos descubran; pero allá al fondo del patio hay una reja que puede tal vez saltarse para salir a un establo o pensión de caballos que hay hacia la otra calle.

Tomo la palabra desde luego: "no; esa salida es difícil y peligrosa. Hay que trazar aquí en este momento un plan estratégico de ocultamiento". Hice una visita de exploración a todo el predio, que constituía en buenos términos la totalidad de nuestros dominios. Me acompañaron y explicaron mis dos nuevos compañeros. Varios salones de frío piso de cemento; al fondo una cocina muy grande y ésta con un tapanco al cual se alcanza a subir desde el brasero; con un boquete que cubre una lámina de zinc, gruesa y negra de hollín. Allí adentro están, entre otras cosas, las maletas de Peralta, que

ignoro hasta hoy cuándo ni cómo fueron a dar allí. Aquello está muy visible. Volvamos al patio. He allí un pozo. Tiene dos hierros horizontales en cruz, a unos dos metros del brocal. ¡Magnífico lugar para acomodarse! Tapado con un grueso tablón, partido diametralmente y con argolla al interior, por medio de la cual podemos, en un momento dado, impedir que se abra. No tenemos nada qué esconder. —Yo sí tengo, dice Lavín, alar madísimo. —¿Qué diablos tienes tú? —Tengo oro en polvo. El oro de Lavín era un saco harinero lleno de parque, cartuchos de varias clases, que llevaba precisamente para los compañeros rebeldes del Estado de Guerrero, y por esto y con esto estaba allí escondido. Lo habían descubierto en Cuernavaca y a punto estuvo de ser aprehendido, si no es la providencia en forma de Burgos que lo esconde.

Pero, hombre. ¿qué diablos haces aquí con esto tan comprometedor para nosotros, si nos encuentran? Echémoslo al pozo, le digo. —No, hermanito; esto vale para mí más que la libertad; es la libertad misma, porque con estos cartuchos vamos a conquistarla. ¡Soñador y combativo al par, este suriano bravo, no se olvida de que es conterráneo

de don Vicente Guerrero y de don Juan Alvarez!

Y aquí mismo pasaron otras peripecias graciosas, que no dejan de interesar a quien interesen y que hallaremos en el capítulo décimo, que sigue.

## CAPITULO X

### EL ESCONDITE Y LA SALIDA DEL PAÍS

**La caravana trágica.—Allí van mis compañeros presos.—¡Ya los mataron!—Seguridades en la casa de mi escondite.—Mi versión acerca de mi escapatoria.—Salida de Cuernavaca y del país.**

Pocos minutos hacía que reposábamos al amor del duro suelo, mis dos compañeros y yo, cuando la señora de Burgos, comunicándose con éste por un sistema de piedrecillas que arrojaba por arriba de la pared, le llamó con urgencia. Acudió Burgos, pegando la cabeza al suelo, para hablar con su señora a través de un canal de desagüe al pie del muro. La cosa era alarmantísima, y se refería a mí. “Mi mujer quiere hablar con usted”, me dice Burgos. Corro al tubo de trasmisión, alebrestándome convenientemen-



te entre la yerba. Habla ella: "licenciado: ha venido a la tienda el jefe de la escolta que está de vigilancia allí enfrente, en la capilla de la plazuela, y dice que lo ha visto a usted entrar aquí; que yo lo saque, porque va a venir a catear esta casa, por orden superior; ¿qué hago?"

—"Señora: si no quiere aprehenderme ese señor, ha de conformarse con no hallarme allí y no buscarme en esta otra casa; y si quiere aprehenderme, aquí me encontrará, porque yo no tengo dónde irme. ¡Muchas gracias!"

Momentos después oíamos ruido de armas y de tropa que hacía irrupción en la casa de Burgos y que escaló hasta el techo por donde nosotros ganamos el paso hacia este lado. Por las dudas, nos pusimos a buen recaudo en el interior de la pieza más remota. Nada más pasó, por suerte. Ese otro incógnito benefactor mío, debe de ser un hombre bien distinto a quienes sintieron la voluptuosidad de la sangre, en Huitzilac, cebándose como hienas con seres indefensos y con carne procera de hombres de valimiento.

Echado a la ventura, yo dejé discurrir toda la tarde, sin pensar cómo ni en dónde

pasaría los días posteriores, a pesar de que allí no podía permanecer indefinidamente. Hablábamos de la suerte que correrían o irían a correr el General Serrano y sus acompañantes presos; pero nunca pensamos que fueran muertos tan en caliente como lo fueron. De cuando en cuando la señora de Burgos se comunicaba con éste, para transmitirle noticias de la calle, sobre todo respecto de los presos. Que los tienen en la Guarnición; que los van a llevar a Méjico; que en Méjico no hubo nada, sino que las tropas se salieron de la ciudad, etc., etc. Por fin, a eso de las seis de la tarde, puesto el sol ya, las piedrecillas llueven por los corredores copiosamente. Llamada urgentísima de la señora de Burgos. Vuela éste al agujero de conducto y vuelve inmediatamente: "ahí traen por esta calle a los presos, que los llevan a Méjico; vamos a espiar por las rendijas de la puerta y las ventanas de la calle." Violentísimamente los tres tomamos posición conveniente. Ruido de muchos coches por el empedrado y que caminan con lentitud mortal; ya se enfrentan al lugar en que estamos; muy cerca de nosotros pasan, porque la acera es sumamente angosta. En efecto, allí van mis compañeros. En el pri-

mero de esos automóviles, el General Serrano, solo, sentado atrás, en medio de dos soldados y adelante un jefe militar, al lado del chofer. En igual forma van cuatro o cinco más: Vidal, Martínez de Escobar, Miguel Angel Peralta, en otros tantos automóviles; siguen dos o tres camiones, con los otros prisioneros. Al pasar frente a la puerta, detrás de la cual aguzo el ojo, advierto que el que va en el tercer automóvil de la fila, se inclina hacia adelante, como recargándose en las rodillas y alarga el cuello y fija la mirada en la puerta en que estoy apostado. ¡Es Rafael Martínez de Escobar! ¡Miró allí como buscando algo, como queriendo ver a alguien? Misterio todo para mí. Guardo el recuerdo de ese gesto, que quiero entender como una despedida lúgubre del noble amigo, del compañero con quien compartí las palmas del triunfo en las lides oratorias de mitines y propagandas en más de una campaña políticas, y que al morir se llevó el centro de la monarquía de la elocuencia. Igual gesto tuvo Miguel Angel, que iba en el automóvil siguiente. Colijo que iban atados por los brazos y sujetos por los soldados de ambos flancos, por la forma en que se inclinaron, como haciendo los codos hacia atrás.

Pesada y trabajosa, la caravana trágica tardó en pasar largos minutos. Honda tristeza nos amargó desde ese instante. Cayó la noche, y en silencio —que nadie volvió ya a hablar— nos echamos cada uno por su lado al suelo duro y pelón, en completa oscuridad. Muy tarde, en el día, habíamos hecho por comer alguna cosa ligera, que a mí no me hizo gracia, por más que la señora de Burgos, tan amable y bondadosa, envió emparedados especiales, que yo apenas probé.

Como a las nueve de la noche, una llamada urgente y una noticia espeluznante: ¡ya los mataron a todos! —¿Cómo?, le grito casi a Burgos, que trasmite; ¡qué barbaridad! ¿quién ha dicho eso? —Ciertamente, un muchacho del pueblo que ha venido precipitadamente del camino de Méjico, ha referido con los ojos saltados y los cabellos de punta, que más allá de Huitzilac una escolta que iba de la Capital los recibió y que en el acto procedió a ejecutarlos a todos; que un general, chaparro y güero, le dio con la pistola un golpe en la cara al General Serrano; que Vidal, adelantándose, increpó airado al ofensor de su jefe, llamándolo villano y cobarde, y que un bárbaro soldado le atravesó entonces el vientre a Vidal con el ma-

rrazo. Que ya no vio más porque los corrieron, a él y a otros compañeros suyos, que de “moscas” se habían ido de Cuernavaca hasta allá. ¡Consumatum est! Y yo aquí, vivo, por no sé qué designio! He dicho así a mis compañeros, y hemos caído los tres en un abatimiento completo.

Unos momentos después, o como una hora más tarde, a las diez de la noche, la señora llama nuevamente, y entonces la cosa va conmigo. “Aquí le busca un hombre, que quiere llevárselo a usted a su casa, porque dice él que aquí usted no está seguro.” La proposición me alarma. ¿Quién es él?, pregunto a la señora; ¿lo conoce usted? Sí, me contesta. Es Manuel Moreno; un muchacho honrado y trabajador; un sembrador de arroz, que fue villista. La filiación revolucionaria es un poco alarmante; la proposición un poco sospechosa; pero sin pensarlo mucho respondo a la señora: “dígame usted que allí voy a hablar con él”. Y a subir por el pino, con gabardina al hombro, para pasar al otro lado. Bajo y se me conduce a una piececita casi a oscuras, en donde un hombre humilde, con aire sonriente; un corpulento y bien plantado tipo de hombre de campo, con su sombrero de petate, me saluda

con franca solicitud, que a la primera impresión me agrada, y me dice: "Señor licenciado, Manuel Catalán, amigo de mi casa, nos contó que había escondido a usted aquí. Pero aquí no está usted seguro, y acordamos en mi casa que yo viniera a ofrecércela de todo corazón. No me desconfíe, señor abogado; soy un hombre humilde, pero no un traidor; en mi casa lo conocemos y lo queremos por su nombre. Véngase usted conmigo."

Menos que para aceptar la conferencia con él, pensé para contestarle. Estaba yo echado en brazos del destino. Y el destino manda. Pero el destino no puso sino gentes buenas en mi camino. ¡Vamos, le dije resueltísimamente! Mire usted, siguió diciéndome, no se va usted a mi lado, sino siguiéndome a un trecho, y en donde yo alargue el brazo y empuje una puerta, allí se mete usted. El ladino sabía lo que hacía, y yo no recelaba ya de nada. Me despedí de la señora y le encargué despedirme de su filántropo esposo y de Lavín. Partimos, Manuel Moreno y yo.

Sombrías y soledosas las calles, por donde solamente transitan militares. La fanfarría exterminadora pasea lúgubrementemente su

alfange por la contristada pequeña urbe, que ha cerrado sus puertas desde que supo la tragedia del Gólgota de Huitzilac. Silencio de maleficio o de pavor, que son los dos silencios menos elocuentes. Si la tristeza es siempre solitaria, esta soledad es de tristēza y este silencio es de dolor. Se cierne una llovizna que parece propiciatoria del duelo y que al mismo tiempo protege y justifica mi envoltura hasta las narices en la gabardina de marras, mi gabardina providente, que es hoy objeto de simple veneración búdica para mí y que me acompaña inseparablemente, lo mismo para lluvias que para fríos. Y allá voy a través del misterio, como buen fatalista. Lo que está escrito, sucederá. En brazos del destino, con toda la maleta de la vida. El terror y la desolación, dos aves agoreras, parece que invaden la tiniebla con sus graznidos. Como un hipnotizado, un hombre marcha, siguiendo a otro. ¿Adónde iré? ¿Habré caído en una celada? Caminar sin detenerme, porque pierdo al guía. Una calleja, un trastabillón al doblar rápidamente. Un callejón oscuro, como el de la muerte. El signo, que ya desespero por advertir en mi vaqueano. Apenas alcanzo a distinguir que ha tendido el brazo derecho.

Y allí empujo. Portón que fuera colonial, si fuese menos nuevo y menos tosco. Oscuridad impenetrable. El gruñido de un perro, al que oigo que en voz baja acalla alguien a quien no veo, pero adivino. ¿En dónde he caído?, vuelvo a preguntarme para mis adentros. Es un gran corral, en dos de cuyos lados hay una serie de pequeños aposentos, unidos por un corredorcillo en ángulo. Allá al fondo distante, a mi derecha, se abre una puertecilla por donde aparece un bulto indescifrable a la media luz de un quinqué de petróleo. El bulto me hace una señal, llamándome con la mano. Hasta él voy. "Pase usted, señor licenciado. Esta es su casa. Tenganos usted confianza, que aquí se le quiere; mire usted..." Y me señala el muro, sobre una mesilla en que llora el quinqué, en donde está un retrato mío, recortado de algún periódico capitalino, en los días de los jurados ruidosos en que intervine. El detalle conmovedor me aniquila. "Gracias, señora, y porque confié en ustedes, he venido", le digo. Es una señora bien morena, chaparra y de buen grueso; con aire simpático y expresión reveladora de talento. Pertenece, en efecto, a una familia de personas todas con fino sen-



tido artístico y clara inteligencia. Es una modesta educadora. Se llama Dina Querido. Es la esposa de Manuel Moreno. Vive hoy todavía en Cuernavaca (Arista, 2).

Me acojo al abrigo piadoso de aquel modesto hogar, y me señalan desde luego, Dina y Manuel, la última pieza, que me cede una huésped, Angelita Castrejón, quien pasaría a otra. La pieza es estratégica, porque tiene una ventanilla abierta al fondo del predio, por donde puedo escapar en un momento de peligro. Manuel todo sabe preverlo. No tiene mi habitación puerta con maderas, sino el puro marco con un lienzo de manta. Digamos un gran trapo como cortina o telón, ¡pero que fue mi mejor garantía! ¿Cómo iba a haber un hombre escondido en donde no podía esconderse nada, detrás de un trapo? ¡Manuel todo, todo, lo adivina!

Y allí pasé horas y días, de amargo desconsuelo, a qué dudarlo, porque aquella tragedia minó alma y cuerpo hasta donde yo mismo no llegué a comprenderlo; de tal modo, que cuando dos meses después salía yo al destierro, tenía trazas esqueléticas, exceso de barbas y escasez de carnes. Pero de tanto dolor y hasta de tanta infamia, quedé en cambio resarcido por la bendición y la

plegaria de tantas gentes buenas, que elevaron sus preces en mi abono, y aunque no soy un creyente en la extensión ni en el rigor del término, basta la intención piadosa para que no indague, ni discuta, ni niegue las interpretaciones que quieran darse a la causa de mi famosa escapatoria. Solamente refuto y niego que haya habido intervención extraña a la sola casualidad y que persona alguna me haya protegido o proporcionado, voluntaria o deliberadamente, la oportunidad de la evasión, a no ser el soldado que se distrajo y la disputa entre el licenciado Escobar y su primo hermano, el jefe de la escolta aprehensora, que fue la causa de la distracción del "juan". Se ha hecho novela de esto ciertamente, y de ello no me viene ni mal ni bien; pero aquí quedan consignadas las cosas como sucedieron y de entre los que están vivos y actuaron en este drama, varios también han hablado largamente. Y resarcido, y con creces, me siento, sobre todo, por la infinita bondad, la varonía y el honor que en ese hogar, en el que un hombre pobre y una santa mujer, Manuel Moreno y Dina Querido, fulguraron con destellos de grandeza, al ocultarme y protegerme, cuando se me buscaba como aguja en un pajar,

en Cuernavaca; cuando no quedó piedra sobre piedra que no se removiera en mi persecución, y cuando oí a través de la cancela de manta, que hacía de puerta de mi escondite, referir a un coronel, en plática con Manuel Moreno, que se ofrecía una fuerte suma al que me entregara.

La anécdota tiene relieves, que acreditan referirla. Por el día, en mi aposentillo de escondite, gozaba del canto de dos muchachas, dos buenas mozas, sobrinas de la casa, que una en turno diariamente, lavaban al medio del corral, bajo unos árboles, y que eran las centinelas encargadas de darme la voz de alarma en caso de peligro. Y la señal convenida era "El Pajarillo Barranqueño", cancioncilla popular muy en boga en esos días. Por cierto también que en alguna ocasión, en verdadera trance de ser atrapado, me había dormido leyendo en mi catrecillo, y no advertí ni oí el canto de aviso, sino cuando el clarín sonó junto a la ventanilla por donde debía escapar. Pero ahorro detalles, que no vienen al caso, en cuanto a saber que a pesar de todo, mi seguridad fue absoluta allí, y véase una vez más la astucia de mi protector para confiar en una seguridad que hubiese parecido ridículo

encontrar en aquella casa tan sencilla, y, sobre todo, en aquella pieza minúscula y con una manta por hoja de puerta, en la cual estuve guarecido tantos días. Pues lo que hubiera sido peligro para mí, Manuel lo transformó en una garantía. Enamorado de una de las chicas mis centinelas, un coronel de la guarnición de la plaza, visitaba diariamente aquel modesto hogar. Manuel, para hacer gala de habilidad, recibía en reunión familiar al coronel en el corredorcillo y precisamente frente a mi cuarto. El coronel apoyaba el respaldo de su silla al marco de la puerta, a riesgo de rasgar el lienzo que era mi poderoso baluarte, sin figurarse que detrás de él, allí adentro, a un pobre condenado se le ahogaba la respiración. Y de este hecho derivaba Manuel su mayor confianza. Si a esa casa llega todos los días un militar del Gobierno y esa casa no tiene escondites adecuados, allí no se esconde nadie. Y con respecto al coronel: si allí en mis propias narices se instalaba; si en una pieza cerrada con un cancel podía verse rasgando simplemente el lienzo, ¿cómo iba a imaginar el más malicioso que allí adentro estuviese oculta una persona?

Salí de Cuernavaca al cabo de muchos días y gracias a eficacísimos servicios de mis amigos el doctor don Adolfo Viguri (única persona con quien me comuniqué) y el licenciado don Francisco G. Luque, que aceptó la comisión peligrosa de sacarme de allá. Y en todo siempre materialmente obrando también Manuel Moreno. Tras de nuevos peligros y raras contingencias, permanecí después oculto en la casa de la familia Luque, en Tacubaya, en donde tuve, lo mismo que en Cuernavaca, inenarrables atenciones, bondades que con nada se pagan, extremas obras de filantropía que no hay cómo agradecer bastante.

Omito detalles de mi salida de Cuernavaca y viaje a Méjico; de peripecias que no bien llegando a un escondite, me obligaron a abandonarlo porque un polizonte me reconoció, a pesar de un bordón y de unos espejuelos, que poco deben de haberme favorecido.

Y en una tarde esplendorosa, por fin, en la bahía de Veracruz, me ví a bordo de un barco norteamericano; me sentí en tierra extraña, pero me consideré con garantías, o siquiera con menos probabilidades de perder el pellejo.

Y partí al destierro; al destierro que, con todas sus penas y sus males, hubiera yo deseado para los mártires, cuyas catorce respectivas cruces, ornadas siempre con flores de procedencia ignorada, en el kilómetro 48 de la carretera de Méjico a Cuernavaca, constituyen el monumento mudo, pero más elocuente, que glorifica a las víctimas y que maldice a los victimarios!

1-29-39.









## CARTA DEL LIC. JUAN MORALES TORRES

Puebla, Pue., 8 de diciembre de 1939.

Sr. Lic. Don Francisco J. Santamaría.

Méjico, D. F.

Mi distinguido maestro:

He seguido con marcado interés la narración de los hechos que bajo el título: "LA TRAGEDIA DE CUERNAVACA Y MI ESCAPATORIA CELEBRE", está usted dando a la publicidad en la revista "HOY", que muy atinadamente dirige nuestro talentoso Regino Hernández Llergo, por la sencilla razón de haber sido uno de los que vivieron aquellos momentos álgidos. Por el honor que usted me hace al incluir mi nombre entre los de las personas que formaron parte de la expedición, como efectivamente yo fuí uno de esos expedicionarios, me atrevo a dirigirle estas líneas, para referirle algunos puntos sobre el mismo tema, que pueden serle de alguna utilidad histórica —mismos que he venido a recordar con la lectura de su prodigiosa narración—.

Para ser tan breve como pueda, no voy a referirme a los móviles ni a las causas que, a los que entonces éramos estudiantes, nos determinaron mar-

char a Cuernavaca el domingo dos de octubre de mil novecientos veintisiete, pues esas causas y esos móviles han sido y son bien conocidos de usted, como viejo luchador en las lides políticas de entonces. Además, también resulta inoportuno ya, referirme a hombres y administraciones que han caído para siempre y que están siendo definitivamente juzgados en forma que plenamente están justificando nuestros actos de aquellos días, no como ambiciosos personalistas, sino como propugnadores por un ideal de justicia y redención humanas. Perdón, maestro, porque no debía ser yo quien pronunciara estas palabras; pero en honor a la verdad, usted sabe y bien le consta, que así fue.

Me concretaré, pues, a lo acaecido en la mañana del tristemente célebre tres de octubre de mil novecientos veintisiete, o sea el mismo en que cruelmente fueron asesinados varios de nuestros compañeros.

Recuerdo muy bien que ese día, como a las ocho, llamó usted a Andrés Pedrero y a mí y poniéndome la mano derecha sobre el hombro nos dijo usted, más o menos: "Estamos perdidos. Salgan inmediatamente a la calle y procuren husmear datos acerca de lo que haya sucedido anoche en Méjico. Vayan por el correo; déense una vuelta en el mercado y también por el hotel donde está alojado el General Serrano y regresen en seguida, para comunicarme lo que hayan observado."

Pedrero y yo bajamos inmediatamente a la calle y al llegar a la puerta de salida del hotel vimos, en la esquina que está casi enfrente,, a un individuo de aspecto militar que estaba parado ob-

servando fijamente hacia el Moctezuma. No puedo afirmar si era o no militar. Estaba vestido con pantalón de montar y camisola de color aceituna. Tocado con sombrero tejano, tenía atado al cuello un pañuelo, usaba zapatos de una pieza y polainas. De color moreno, mediana estatura, tenía un fuste en la mano derecha, que movía nerviosamente. Al ver al citado individuo, Pedrero, en voz baja, me dijo: ese se encuentra parado en esa esquina desde las cinco de la mañana. Lo he estado observando por la ventana de nuestro cuarto. Te fijarás que no quita la vista del hotel. Seguramente nos vigila con algún fin. Nosotros, intuitivamente y para no despertar sospechas nos dirigimos en dirección de la misma esquina donde estaba parado el vigilante, que ya había fijado su vista en nosotros. Al pasar junto a él, dejamos escapar algunas frases dando a entender que nos encontrábamos de paseo en la ciudad. Subimos por la calle a mano izquierda, para dirigirnos al Hotel "Bellavista", donde el General Serrano se encontraba alojado. Al irnos aproximando a dicho hotel, le dije a Pedrero: mira lo que pasa. El inmediatamente repuso: es que las tropas federales están rodeando el hotel. Sin duda ya aprehendieron al General Serrano. Volvamos al Moctezuma para avisar a los compañeros. Rápidamente, sin parar ya mientes en el individuo que acechaba nuestro hotel, penetramos casi corriendo y al subir nos encontramos al General Miguel Angel Peralta y al Licenciado Rafael Martínez de Escobar (a quien un bolerito le estaba limpiando los zapatos) y a una voz les dijimos: acabamos de ver que las tropas federales están rodeando el Hotel

"Bellavista", seguramente para aprehender al General Serrano. Pedrero agregó: no tardarán en venir aquí por nosotros. En la esquina de enfrente se encuentra parado un individuo que nos ha estado vigilando desde las cinco de la mañana. El General Miguel Angel Peralta llamó a su hermano y le dijo: "Ya oyes lo que pasa"; brevemente le narró lo que nosotros acabábamos de decir. Pedrero y yo comunicamos la misma noticia a nuestros compañeros estudiantes y ya todos, formando un solo grupo, del que usted no formó parte, porque en ese momento se encontraba en su cuarto del hotel, brevemente deliberamos sobre lo que íbamos a hacer. A proposición del General Miguel Angel Peralta, acordamos abandonar la ciudad y salir de ella de cualquier modo. A sangre y fuego si era necesario. El mismo general agregó: los que quedemos con vida nos reuniremos (aquí el nombre de un lugar del Estado de Guerrero que no recuerdo). En el acto, todos en grupo, nos apresuramos a bajar las escaleras. Al llegar al descanso de la misma, no recuerdo si Andrés Pedrero o algún otro, dijo: tenemos que principiar con el que está parado en la esquina. Al oír eso Marcelino Morales desenfundó rápidamente su pistola y abriéndose paso entre todos los del grupo, bajaba ya los últimos peldaños de la escalera cuando el mismo General Miguel Angel Peralta, en voz alta, dijo: ¡No muchachos! No haremos resistencia dentro de la ciudad. Mejor que cada quien salga como pueda. Ya saben dónde nos veremos. Entonces, los que formábamos el grupo de estudiantes (Adelfo Aguirre E., Andrés Pedrero G., Herminio Ahumada, Gon-

zalo Martínez de Escobar y el que escribe) más Amado Pedrero, Ulises González y Marcelino Morales, que un poco contrariados por la contra-orden del General Peralta, nos dijeron: quién nos manda andar con estos cobardes. Así no los seguiremos. Nos quedaremos con ustedes, dirigiéndose a los que éramos estudiantes, y sin salir del hotel, en el zagúan de la entrada, nos quedamos parados, hablando sobre la ruta que debíamos seguir. Así fue por qué usted, el último en abandonar el hotel, me encontró parado cerca de la puerta, observando los movimientos del que nos acechaba, quien, sumamente nervioso, se paseaba apresuradamente frente al hotel, en la acera de enfrente. Recuerdo que al salir, después de preguntarme por el licenciado Rafael Martínez de Escobar, en voz alta, como para que lo oyera el que nos vigilaba, me dijo usted: "si viene Marianito hazme favor de decirle que en seguida regreso; que me espere". No recuerdo exactamente lo que le respondí. Lo que sí puedo afirmar es que en esos precisos momentos, el que nos acechaba en la esquina, que después supimos era el Inspector General de Policía de Cuernavaca, abandonaba el lugar en que estuvo vigilando y apresuradamente subió por la misma calle que Pedrero y yo habíamos recorrido esa misma mañana, para llegar al hotel "Bellavista". Después también averiguamos, durante los tres días que estuvimos encapillados en Cuernavaca, que el mencionado Inspector de Policía, una vez que ustedes salieron del hotel y al haber visto la ruta que llevaban, salió corriendo a la Jefatura de la Guarnición de la Plaza, para dirigir la es-

colta que llevó a cabo la aprehensión a que se refiere usted en su relato publicado en el número ciento cuarenta y seis de la revista "HOY", que acabo de leer, recordando en toda su plenitud aquellos angustiosos instantes. Viéndonos ya libres de las acechanzas del Inspector de Policía, los ocho que formábamos el grupo, acordamos dividirnos en dos bandos, de cuatro cada uno, para hacer menos ostensible nuestra salida. Primero salieron Amado Pedrero, Ulises González, Marcelino Morales y Adelfo Aguirre y tomaron hacia la derecha. Momentos después abandonamos el hotel Andrés Pedrero, Herminio Ahumada, Gonzalo Martínez de Escobar y yo; y al salir tomamos en dirección contraria o sea hacia la izquierda. Minutos después, los dos grupos, llegamos al hotel de un chino que está situado precisamente casi frente a donde entonces se encontraba la guarnición de la plaza en Cuernavaca. Al llegar, Ulises González, que ya en otra ocasión se había hospedado allí y conocía al chino, le dijo que éramos turistas; que íbamos de paseo a Cacahuamilpa, pero que no podíamos seguir adelante porque la población estaba sitiada. El asiático no tuvo inconveniente en darnos alojamiento en tres cuartos que ocupamos en la planta alta del edificio del hotel. En forma rápida nos despojamos de los revólveres que llevábamos. El mismo Ulises González llamó a la señora del chino, mexicana por cierto, y le dijo que como las cosas andaban mal, no queríamos conservar nuestras armas, porque no fueran a tomarnos por rebeldes. La señora, con mucha amabilidad, guardó nuestras pistolas en lugar seguro, comprendiendo, tal vez,

la verdadera situación en que nos encontrábamos. Como quince minutos después de haber llegado al hotel se presentó una escolta federal a practicar un cateo. El que la conducía, un joven que se conocía acababa de salir del Colegio Militar, ordenó a los soldados que se quedaran registrando los cuartos de la planta baja. El subió solo y llegó hasta donde nosotros estábamos. Rápidamente revisó con la vista los tres cuartos que nos servían de albergue. Unos acostados y otros sentados, en nuestros respectivos cuartos, fingíamos leer libros y periódicos que llevábamos. El militar, al ver nuestra indiferencia, nos dijo: ustedes cuándo llegaron aquí; qué motivo les trajo y otras cosas por el estilo; entonces nos agrupamos en torno de él y alguno de nosotros, creo que el mismo Ulises González, le refirió la misma anécdota que acababa de contar al chino. El militar, revelando en el rostro que fingía creernos, en tono más bien de guasa que con ironía, nos dijo: qué mala suerte han tenido en su paseo. Por lo pronto aquí están bien, no les conviene salir de la ciudad. Rápidamente bajó las escaleras y al llegar a la planta baja dió órdenes a sus soldados para que salieran del hotel. Como los cuartos que nos servían de alojamiento dos de ellos tenían balcones que daban precisamente para la Guarnición de la Plaza, desde allí, y en forma muy discreta, observamos, momentos después, cuándo fueron internados, por la escolta federal, los acompañantes del General Serrano, los Generales Peralta y el licenciado Rafael Martínez de Escobar. Al citado General Serrano no lo vimos entrar. Sí pudimos darnos cuenta cuando en



la tarde, como a las trece horas, fueron sacados a la calle todos los prisioneros y colocados en un camión grande. También vimos que al General Serrano le indicaron que ocupara un coche cerrado y fué colocado en la parte trasera, en medio de dos oficiales. El citado general, al abrir la puerta del coche invitó al Jefe de la Escolta que debía conducirlos, para que le acompañara, pero el militar se rehusó cortésmente. Ese detalle nos produjo mala impresión, porque desde luego pensamos que la suerte que se esperaba a los prisioneros no era nada halagadora. Nosotros nos consideramos propiamente encapillados, puesto que de ninguna manera podíamos salir de la población. Al día siguiente, muy temprano y como para despistar nos fuimos, casi todos los del grupo, a la caída de agua que está muy cerca de Cuernavaca, llamada San Antón, en donde resolvimos darnos un baño de agua fría. Cuando ya estábamos vistiéndonos, para volver a la ciudad, vimos que se acercaba a nosotros un militar uniformado de blanco, a quien pude reconocer como un paisano mío de Cunduacán, con quien la noche anterior, en el parque de la población, había yo platicado sobre los acontecimientos que iban a registrarse en Méjico, cuyo nombre me reservo. Antes de llegar al grupo me hizo una señal para que fuera donde él estaba, y sin decirme una palabra me tendió el brazo derecho sobre los hombros y cuando calculó que nos habíamos alejado del lugar donde estaban los compañeros, muy conmovido me dijo: hagan bien el papel de estudiantes. Anoche tronaron al pobre Rafael (refiriéndose al licenciado Rafael Martínez

de Escobar, que era pariente suyo) y a todos los demás presos. Lo siento mucho por haber sido yo quien los aprehendí. Ahora toda la familia me hará culpable de su muerte. Desde aquel momento no son para contarse las setenta y dos horas de angustia que nosotros vivimos en el hotel del chino. Después, cada vez que he ido a Cuernavaca, no dejó de visitar ese hotel, ni de saludar a su propietario, lo mismo que a su señora, recordando aquellas horas.

Sirva lo anterior, señor licenciado, siquiera de pequeña justificación a nuestros actos, pues si no caímos prisioneros con todo el grupo, como sucedió con usted y con el licenciado Rafael Martínez de Escobar, fue debido a la forma precipitada y violenta en que salimos del hotel Moctezuma, en vista de la gravedad de las cosas y también a que nosotros entendimos que el General Peralta, al darnos la orden de: "Sálvese el que pueda", lo hizo con la intención de que nosotros no le siguiéramos, porque, realmente, el número del grupo que todos juntos formábamos era demasiado comprometedor.

Antes de concluir, es mi deseo hacerle constar que una de las causas principales que nos movieron a ir a Cuernavaca, fue la de que, en la mañana del domingo, Gonzalo Martínez de Escobar nos informó que usted y su tío, el licenciado Rafael Martínez de Escobar, habían salido ese mismo día para Cuernavaca. Después supimos que Amado Pedrero y Ulises González habían hecho lo propio, y entonces nosotros, como tabasqueños, que habíamos estado defendiendo la misma causa, nos sen-

timos moralmente obligados a correr con ustedes la misma suerte.

Puede usted utilizar los datos anteriores en la forma que guste, si los estima de algún valor.

Con la promesa de darle pronto un abrazo en esa metrópoli, quedo de usted, muy respetuosamente, su ex-discípulo, afectísimo, atento amigo. y S. S.

Lic. Juan MORALES TORRES.

# INDICE



## CAPITULO I

La escapatoria célebre.—Consideraciones generales en torno del suceso	7
---	---

## CAPITULO II

Gómez y el movimiento serranista.—Gómez jugando a cartas vistas.—Mi despedida de Gómez .....	21
--	----

## CAPITULO III

La última noche en Méjico	37
---------------------------	----

## CAPITULO IV

La última noche en Méjico. (Concluye)	47
---------------------------------------	----

## CAPITULO V

Camino de Cuernavaca	65
----------------------	----

## CAPITULO VI

- El día dos en Cuernavaca. — Juego de niños y algazara de mozalbetes.—Los doscientos dragones de Ariza.—El Presidente Provisional.—Haciendo gobierno y adjudicando carteras.—Ante la incertidumbre, quise que Escobar y yo nos volviéramos a Méjico 79

## CAPITULO VII

- La noche trágica en Cuernavaca.—Asoma la cara el fantasma de la duda.—Prende el temor.—La desconfianza impera.—Villarreal aparece y desaparece al oler la verdadera situación.—¿Juan Domínguez traicionó? 91

## CAPITULO VIII

## ¡La aprehensión!

- El trágico día tres de octubre.—Tardíos preparativos para continuar rumbo a Guerrero.—La salida del hotel Moctezuma. En la misma casa guarecidos con Serrano.—Cogidos en la ratonera ..... 109

## CAPITULO IX

## La escapatoria.

- A la jefatura de Operaciones.—¡Marchen!—  
En el trayecto escapo.—El momento de la  
fuga.—La gabardina providente.—Escon-  
dite de ese día 125

## CAPITULO X

## El escondite y la salida del país.

- La caravana trágica.—Allí van mis compañe-  
ros presos.—¡Ya los mataron!—Seguri-  
dades en la casa de mi escondite.—Mil  
versiones acerca de mi escapatoria.—Sa-  
lida de Cuernavaca y del país 143

## APENDICE

- Carta del Lic. Juan Morales Torres 161